

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

MI INFANCIA Y MI PUEBLO
(EVOCACION DE TRUJILLO)



AVILA GRAFICA, S.A.
CARACAS
1951

a sociis sanctis
Santi, hominibus
cordialiter
su affectu
Giaci. D. S. P. P.
Civitas, 1551

MI INFANCIA Y MI PUEBLO
(EVOCACION DE TRUJILLO)

OBRAS DEL AUTOR

- HORAS. (Ensayos).—Caracas, 1921.
- VENTANAS EN LA NOCHE.—(Ensayos). Caracas, 1925.
- LECTURAS VENEZOLANAS.—1ª Edición, 1926. 2ª Edición, 1930. 3ª Edición, 1941. Caracas. 4ª Edición, 1945. 5ª Edición, 1949. Buenos Aires.
- ORNAMENTOS FUNEBRES DE LOS ABORIGENES DEL OCCIDENTE DE VENEZUELA.—Caracas, 1928.
- HISTORIA DE LA FUNDACION DE LA CIUDAD DE TRUJILLO.— Caracas, 1928.
- LA FUNDACION DE MARACAIBO.— Caracas, 1929.
- LOS FUNDADORES DE TRUJILLO. (Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia).— Caracas, 1930.
- FRANCISCANISMO Y PSEUDO - FRANCISCANISMO.— (Discurso de incorporación a la Academia Venezolana).— Caracas, 1932.
- TAPICES DE HISTORIA PATRIA.— (Esquema de una morfología de la cultura colonial). 1ª Edición, 1934. 2ª Edición 1942. Caracas— 3ª Edición, 1950. Bogotá.
- A PROPOSITO DE LA LEY DE PATRONATO ECLESIASTICO.— Caracas, 1934.
- TRAYECTORIA Y TRANSITO DE CARACCILO PARRA.— San José de Costa Rica, 1940.
- TEMAS INCONCLUSOS. (Ensayos). 1942. Caracas.
- EL CABALLO DE LEDESMA.—1ª Edición, 1942. 2ª Edición, 1944. 3ª Edición, 1948. Caracas.
- PREPARATORIO PARA LAS POMPAS DE BOLIVAR.— Caracas. 1942.
- LA HISTORIA COMO ELEMENTO DE CREACION.—1ª Edición, 1942. 2ª Edición, 1945. Caracas.
- SENTIDO Y AMBITO DEL CONGRESO DE ANGOSTURA.—Caracas, 1943.
- PALABRAS EN GUAYANA.—Caracas, 1945.
- FORMACION DE LA NACIONALIDAD VENEZOLANA.—Caracas, 1945.
- VIDA Y PAPELES DE URDANETA EL JOVEN.— Caracas, 1946.
- CASA LEON Y SU TIEMPO. (Premio Municipal de Prosa). 1946. 2ª Edición, 1947. Caracas.
- EL REGENTE HEREDIA O LA PIEDAD HEROICA. (Premio Nacional de Literatura). 1ª Edición, 1947. 2ª Edición, 1948. Caracas.
- LOS CORSARIOS EN VENEZUELA. 1947. Caracas.
- APOLOGIA DE LA CIUDAD PACIFICA.— Caracas, 1947.
- EN DESAGRAVIO DE VENEZUELA. (Carta a Andrés Iduarte), 1ª y 2ª Edición. Bogotá, 1949. 3ª Edición, Trujillo, 1949.
- LA TRAGEDIA DE PEÑALVER.— Bogotá, 1950.
- MENSAJE SIN DESTINO. (Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo).— Caracas, 1951.

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

987.1;
B849

MI INFANCIA Y MI PUEBLO
(EVOCACION DE TRUJILLO)

CARACAS
1951

CAF279I

Es propiedad del Autor
Derechos reservados conforme a la Ley

DEDICATORIA

*A mis nietas JOSEFINA BRICEÑO
CAPRILES y MARIA EIRENE BRICEÑO
URICOECHEA, como estímulo para que edu-
quen a sus hijos en el amor a la tierra de
sus mayores.*

ESMALTES

La patria de cada hombre era la parte de suelo que su religión doméstica o nacional había santificado, la tierra donde reposaban los huesos de los antepasados y que estaba ocupada por sus ánimas. La patria chica era el recinto familiar, con su tumba y su hogar. La patria grande era la ciudad, con su pritáneo y sus héroes, con su recinto sagrado y su territorio marcado por la religión. "Tierra sagrada de la patria", decían los griegos. Foustel de Coulanges. **La Cité Antique.**

Es el asiento un valle pequeño, entre cierras muy altas y tan angosto que hay poco más de lo que ocupa el pueblo. Y pasa junto a él un río pequeño que corre derecho al Sur, y encima del pueblo, en una quebrada pequeña, nace una fuente de agua muy buena que riega todo el pueblo. Hiere en el asiento del pueblo muy de lleno el Norte. Es pueblo muy sano, así para los españoles como para los naturales, aunque el sereno de la prima es malo. **Relación de los Alcaldes y Regidores de 1578.**

Le 15 (de septiembre de 1678) le padre a Soacre (Asuaje) curé de la grande Esglyse criolle de la ville et fort homme de bien vint parler avec moy et moffrir quatre mille pieces de huit pour le rachapt de la ville avec mille Pacquets de farine, je luy laissé la ville a vingt cinq milles, je Brule sette pauvre ville Pucelle

quy avoit couste plus de huict cent mille Escus apres avoir coupe les Esglises d' avec les maysons, et fait porter les Crucifix, nostre dame et les Images dans la paroisse et le mesme jour je partis. **Relación de Grammont al Conde d' Estrées.**

...pues fenecidos los disturbios que tanto los molestaron, se ha mantenido aquella república hasta los tiempos presentes con tan general sosiego entre sus vecinos, que sólo por cumplimiento necesita de justicia; pues en igual conformidad unos con otros, ni saben lo que es litigio ni conocen la discordia; y deben tal beneficio al benigno influjo del cielo, que basta saber que uno ha nacido en Trujillo, para que en la común estimación sea reputado por de afable natural, de noble trato y de una intención sana y sin malicia. **José de Oviedo y Baños. Historia de Venezuela.**

...puede decirse que cada trujillano paga el debido tributo a la prosperidad pública. **Depons. Viajes.**

CARTA PRIMERA

Mi muy amable y generosa amiga:

Se dibujó en su rostro una linda sonrisa, medio sarcástica y medio maliciosa, cuando anoche me oyó decir que había nacido yo en “la tierra de María Santísima”.

Ni el amigo que ocasionó la respuesta ni usted misma hicieron comentario que hubiese provocado oportunamente el tema que llenará esta carta. Mas la idea del sarcasmo o de la malicia que pudo animar su sonrisa, me ha puesto hoy a pensar que debo explicar a usted, generosa amiga de todos los tiempos, la razón de la frase que la pudo haber movido a juicios inciertos.

Cuando los trujillanos llamamos “tierra de María Santísima” a nuestra región nativa, más que por recordar el mariano y pacífico patrocinio original, o por imitar a los alegres sevillanos, lo hacemos movidos del deseo de testimoniar en forma sencilla el arraigado afecto para nuestro lugar de origen. Cuando muchacho vine a Caracas, la aprendí de labios de ingenuos y recios

varones de mi provincia, que querían expresar con ella el inmoble cariño al lejano y maravilloso pedazo de tierra donde habían nacido. El afecto a mi región no me llevará jamás a desconocer el derecho, pongamos por caso, que tiene nuestro amigo para también llamar a Coro "tierra de María Santísima", ni menos el que Pastor Oropeza ejerce cuando, para sentirse más venezolano, va a tomar fuerzas en su Carora nutricia. Tanto como yo deben ellos de amar y de respetar la porción de territorio nacional donde adquirieron el indeclinable y sagrado derecho a ser llamados venezolanos. Sarmiento, argentino por excelencia, fué sanjuanino hasta los tuétanos. Bolívar, en el apogeo de su gloria, pensaba con ternura en su Caracas nativa.

Esto del regionalismo es problema demasiado traído y demasiado mal llevado en Venezuela. Yo lo he abordado en distintas ocasiones y bajo diversos aspectos, y sin ser un cegado regionalista, todo lo contrario, un cabal nacionalista, creo que jamás sentirá el neto valor y la responsabilidad plena de lo nacional, quien no sienta vigorosamente los vínculos amorosos que lo unen a la tierra nativa. Ni crecerá cuanto es debido la gran patria, si al deseado crecimiento no precede un esfuerzo por levantar, en función acoplada y

conjugante, los valores de las patrias chicas. Todo es mera cuestión de proporciones.

Al buscarme a mí mismo en función de venezolanidad, tropiezo con Trujillo y con su historia. Con la misma Caracas, honra y prez de la Venezuela integral, me encuentro, como trujillano, siglos antes de haber nacido. Mi pueblo es nombrado en los textos de historia nacional, cuando se describe la jornada fundadora que se confió a Diego de Losada, a quien acompañaron en su afortunada empresa veteranos conquistadores que residían en la ciudad de Trujillo, entre ellos nada menos que Alonso Andrea de Ledesma. La larga y fecunda historia que me da título para saberme venezolano, se desarrolla en el estrecho valle donde los peninsulares clavaron, para la permanencia del esfuerzo, la tienda de beduinos que fue mi ciudad durante más de diez años. "Ciudad portátil" la llamó Oviedo y Baños.

Sabe usted por el ya largo conocimiento que de mí tiene, cuánta es mi pasión por Venezuela. Recuerda el entusiasmo con que en cierta oportunidad le comenté cómo mi admirado amigo Luis de Oteyza me había dicho que se abstuvo de recomendar libros míos para una biblioteca venezolana que se traduciría al francés, por estar mis obras exclusivamente destinadas a temas nacionales, de ninguna utilidad para lectores extraños.

Nada me ha llenado de mayor orgullo que se descalifique mi obra por ser considerada excesivamente venezolana. Intencionalmente, toda mi modesta labor literaria se ha dirigido a ahondar en la entraña fecunda de la patria venezolana. Y esa patria la ganaron para mí los abuelos que desde el Siglo XVI fijaron su residencia en la ciudad de Trujillo. Ellos salieron, después, a defenderla del pirata que amenazaba su integridad, y ellos lucharon más tarde por hacerla independiente de España. Por gravedad histórica, me corresponde luchar hoy contra la bandera de los piratas nuevos y contra los criollos que sirven a la nueva piratería.

Cuando cito mis abuelos no crea tampoco usted que estoy haciendo necio alarde de hidalguía. Mis abuelos eran gente llana, como los abolengos de la mayoría de los venezolanos. No fueron grandes "cacaos" y algunos llegaron a ser vistos de menos, porque llevaban sangre esclava en las venas; otros, en cambio, lucieron pergaminos y blasones. Mi abuela materna, la única que conocí, ordenó que blasones y doradas letras fueran echados al fuego abrasador. Buena republicana, no entendía otra nobleza sino la virtud, y tuvo el premio de haber contado por hijas a matronas de verdad. Una de ellas fue mi madre.

Aquí permitirá usted que me empine en cum-

bre de subido orgullo. Tomo del gran Cecilio Acosta ejemplo de ingenuidad, para decir que no hubo en el mundo mujer como mi madre. ¡Y era ella de Trujillo! Cuando la pienso, he de verla siempre unida al panorama de mi tierra nativa. Y porque amo desmedidamente el recuerdo de mi madre, he de amar con pasión semejante el lugar donde ella me dió a luz y donde ella me nutrió para la vida.

Tenía yo algo más de once años y era el mayor de cinco hermanos, cuando se nos murió el padre. Y mi padre, (¡qué gran señor era mi padre!), tal vez no hubiera hecho por sus hijos sacrificios mayores que los realizados por nuestra bondadosa madre. ¡Con qué orgullo la recuerdo cuando dejaba el lecho antes de amanecido, para empezar el rudo trabajo de donde granjeaba los medios de sustentar a la familia! Quizá alguna vez hablé a usted de la justiniana pobreza, como decimos en Trujillo, en que discurrió mi infancia, y de los medios de que mi madre se valió para que nuestra modesta posición entre compañeros ricos no llegase a crearnos complejos de inferioridad. Jamás se dejó abatir por las necesidades a que tuvo que dar frente. Como hizo de padre, fue dura y recia para encaminar a los hijos, sin que dureza y reciedumbre llegasen

a mermar por nada la infinita ternura que era esencia de su espíritu.

Los años más felices de mi vida los pasé en Trujillo, al lado de mi madre. Ella me hizo amar la vida y me enseñó a buscar como finalidad de las acciones humanas algo más que la satisfacción de un lucro material. Todo ese idealismo de que usted y muchos amigos me motejan, lo debo a que mi madre me enseñó a soñar desde muy niño. Como soy de buena memoria, recuerdo que ella me explicaba el lento vuelo de las nubes. Más tarde, nos habló de que el hombre vale por sus actos y no por la monta de sus bienes. Me vió en cierta oportunidad triste, porque mi vestido estaba viejo y mis compañeros de colegio, como eran días de Pascuas, estrenaban traje. Ella disimuló mi tristeza e hizo caer la conversación sobre lo poco que valían los vestidos cuando los estudiantes no alcanzaban buenas calificaciones en los exámenes. "Tu traje viejo, me agregó, se me hace nuevo y brillante cuando recuerdo que figuras entre los primeros de tu clase".

Pertenecía mi madre a familia que ocupaba los primeros rangos en mi región nativa. Pero ella creyó más en el mérito de las acciones que en el valor circunstancial de los apellidos y de las posiciones sociales. Nos enseñó, por consecuencia, a ser llanos y a buscar en la conducta

el mejor título de las amistades. Pero sobre todo, ella nos quiso formar para el mundo de las letras. No escatimó esfuerzo por que sus hijos estudiásemos. Hasta de maestra hizo, y cuando memorizar entraba en los métodos pedagógicos, ella dejaba sus quehaceres para “tomarnos” las lecciones, aun cuando se tratase de materias que no entendía.

La historia de mi madre, que es parte sustancial de la historia de mi vida, está unida placenteramente con Trujillo. Para conocerme a mí mismo he buscado, pues, el hilo materno que me enlaza moralmente con el pasado de mi pueblo. Para saber quien soy y para saber lo que es la gran patria venezolana, tuve que empezar por buscarme a mí y por buscar mis raíces venezolanas en el suelo y en la historia de Trujillo.

¿Ve usted, mi buena amiga, cómo no procede de censurables orígenes la frase ingenua que comento? Tengo razones de sobra para llamar a Trujillo “la tierra de María Santísima”. Nací en ella por haber sido hijo de mi madre y para que hoy, lejos de sus montes y de sus ríos y viajera ella por mundos siderales, comparta con usted el orgullo y la fiesta de ser venezolanos.

En Trujillo comencé a vivir una vida de doble historia. La que va con los años corridos desde mi nacimiento y la que hacia atrás me lleva

hasta los tiempos felices y duros en que llegaron, con la ciudad, los hombres que trajeron de España los símbolos de nuestra cultura. Esta historia es larga y fecunda.

Sabe usted, porque así lo dicen los viejos historiadores, que mi pueblo fue hasta el año en que lo incendió el pirata Grammont, ciudad que discutió con Caracas la primacía en la Provincia de Venezuela. Rico semillero de la Patria, allí se formaron eminentes varones de la nacionalidad, inclusive el primer gran criollo venezolano. Me refiero a Juan Pacheco Maldonado, hijo del fundador Alonso Pacheco, venido a luz el año de 1578. No es malo hablar de estos hombres, y por ello usted disculpará que alargue estas líneas con los datos que tenemos de su vida y de sus hazañas.

Diez y ocho años contaba cuando salió como Sargento Mayor de cierta tropa destinada al castigo de los indios jirajaras, que se habían levantado en las bocas del río Motatán, y que, penetrando por los llanos del Cenizo y de Monay, llegaron a incendiar establecimientos que los criollos tenían en esta ubérrima región, hoy vuelta a su saludable fecundidad antigua, gracias a la eminente labor sanitaria del gran trujillano Arnoldo Gabaldón, modelo de ciudadanos y de rectos hombres. Años después, y cuando apenas con-

taba veintidós, recibió una de las varas de Alcalde de la ciudad, y como ocurriera durante su ejercicio la muerte del Gobernador y Capitán General don Gonzalo de Piña Ludueña, le tocó asumir tal carácter en la ciudad de Trujillo. Recuerda usted que con motivo de las desavenencias ocurridas a la muerte de Alfinger, de Pérez de Tolosa y de Villacinda, los criollos, empujados por el recio espíritu de autonomía que distinguió sus actos, diputaron ante la Corte a don Sancho Briceno, con el encargo de lograr confirmación del derecho de suplencia, que, de propia autoridad, habían ya ejercido los Cabildos, al ocurrir la muerte del Gobernador. Ganada la Cédula en 8 de diciembre de 1560, venía a ejecutarse por vez primera en la ocasión del fallecimiento de Piña Ludueña, y con ello a disgregarse transitoriamente el poder que residía en las reales autoridades de Caracas, para que los Alcaldes de Maracaibo, Trujillo, Carora, El Tocuyo, Nueva Segovia, Nueva Valencia, Guanaguanare y San Sebastián de los Reyes, ciudades capitulares de primer orden que integraban la vieja Venezuela, ejercitasen en su respectivo distrito la suprema autoridad, por medio de los Alcaldes-Gobernadores.

En 1606 el Gobernador Sancho Alquiza designó a Pacheco Maldonado su Teniente en Trujillo y Maracaibo, y con tal título salió al some-

timiento de los indios toas, aliles, parautes, quiriquires y zaparas, que por catorce años estaban levantados contra las autoridades, en mengua y con riesgo del comercio y de la tranquilidad del Lago. Más de doscientos españoles y criollos habían perecido a manos de los rebeldes, inculpados de haber incendiado cosa de sesenta fragatas que hacían el tráfico entre Santo Domingo, Santa Marta y Cartagena con Pamplona, Mérida y Maracaibo. La peligrosa empresa concluyó con el apresamiento y ahorcadura del cacique Nigale, antiguo criado del Capitán Alonso Pacheco, y con la total pacificación de las costas y ríos navegables. Las Audiencias de Santa Fe y de Santo Domingo, el Gobernador de Venezuela y los Cabildos de Trujillo, Mérida, Tunja, Nueva Zamora y Cartagena elevaron memoriales al Rey para que se premiasen con hábito militar, gruesa renta y alto mando los servicios de Pacheco Maldonado. De "bueno, limpio y recto" lo calificó el juez que le tomó residencia en 1619, al terminar su cargo de Gobernador de los Musos y Tolimas, en el Nuevo Reino de Granada, donde, entre otras cosas provechosas al servicio de la república, organizó la explotación de las minas de esmeraldas. Luego, al crear el Rey la Gobernación y Capitanía General de Mérida, con el territorio del antiguo Corregimiento y con el de la

Gobernación de La Grita, le fue aquélla encomendada por ocho años. Vuelto a Trujillo, asentó casa en la ciudad y a ella fueron caballeros de calidad a buscar la mano de las hijas, mientras los hombres estudiaban en Salamanca y desposaban a hijas de Virreyes. El Marqués de Marianela, Gobernador de Venezuela por los años de 1623, y más tarde de Murcia, Lorca y Cartagena del Levante, casó con doña María del Aguila; el Gobernador de Cartagena, don Francisco de la Torre Barreda, contrajo matrimonio con doña Juana, quien tuvo nuevas nupcias con don Manuel Felipe de Tovar; doña Josefa, casó con el acaudalado Mayorazgo Francisco Cornieles Briceño.

Primero, pues, entre los nativos de Venezuela que llegaron a la dignidad magistraticia de una Provincia, fue este recio criollo que marca la plenitud del segundo tiempo en el proceso formativo de la colonia. Ya he escrito que nadie como Alonso Andrea de Ledesma tipifica la voluntad de asiento de las masas humanas que se trasplantaban a nuestra América. Como los otros conquistadores, estuvo en el largo recorrido de la tierra, cuya paz precisaba resguardar, y más tarde asistió a la fundación de las ciudades. Fijado ya camino a la vida civil, recibió tierras para los nuevos cultivos e indios que le ayudasen a su trabajo. Por último, salió en trance de qui-

jote a defender los privilegios de la nueva patria, cuando el pirata vino a saciar la sed de rapiña con el trabajo de los colonos de España.

Pacheco Maldonado es otra cosa. América siente ya el arraigo del trasplante español. No es el invasor que lucha contra el señor aborigen, sino el nuevo indígena que vence al indígena viejo. El mundo de la barbarie que se va, frente al mundo de la nueva cultura que ha enraizado en las Indias. Es señor de tierras que le legaron los mayores: su padre fue fundador; su abuelo materno, Francisco Graterolo, también lo fue. Sirve al Rey, pero se sabe caudillo de estos términos. En las sabanas de Monay, por 1927, duraban aún las ruinas de su casa de campo. Allí seguramente fueron a visitarlo los aspirantes a la mano de las hijas. Posiblemente en aquella verde y deliciosa llanura nació Antonio Tovar Báñez, el nieto, a quien su tío, el Obispo Fray Mauro, bautizó en la iglesia de Trujillo. En 1640 se le nombraba aún, con orgullo de los curas que asentaban partidas bautismales, "el gobernador Juan Pacheco Maldonado". Era un título perpetuo que honraba a la ciudad. Pasarán los años, y el biznieto Antonio Pacheco, con las rentas heredadas de la familia materna, cuyo apellido toma, comprará el Condado de San Javier. Por él, las armas de los Pachecos de Trujillo, dos

calderas con sierpes, fueron de las últimas en lucir sobre un portal de casa caraqueña. Yo las ví en la vieja casona destruída para edificar el palacete, desairado y sin aire, donde hoy funciona el Ministerio de Educación Nacional.

Mire usted, cómo mi pueblo nutrió desde la alta colonia el rancio señorío de Caracas. Después le dará a los Mendozas, encabezados por el severo don Cristóbal, primer ejercitante de la suprema magistratura republicana; a los Montillas, a los viejos Briceños, que ilustran prestigiosas estirpes capitalinas. Y si vamos al mundo de lo religioso, Pedro de Graterol, Provisor en 1595, fue el primer criollo que asumió el gobierno eclesiástico, en la sede vacante ocurrida por muerte del Señor Palomino. (Era nativo de Trujillo y tío del Gobernador Pacheco Maldonado). Y si fue valiosa la aportación colonial, más numerosa y de igual calidad es la que ha ofrecido para la obra de la República.

Gente de lustre, sobrada de fortuna y de muchas influencias, fue la que se formó en Trujillo durante el primer siglo de colonia. No olvide que Lucas Mexía de Vilches, Alcalde de Trujillo en 1571 y 1578, casó con una hija de don Sancho Briceño y que de ellos procede la rama de Francisco Marín de Narváez, abuelo de los Bolívar. Las tierras del Cenizo, más célebres por

el dinero en ellas hoy enterrado que por las veces que han ido a los tribunales, eran parte del famoso Mayorazgo de Cornieles, el más grande que hubo en Venezuela, y aún de excepcionales proporciones en las Indias. Tan ricos fueron estos señores, que se cuenta en Trujillo cómo paseando a la tarde de un día de fiestas mayores, por la planicie del Este, que mira al río Castán, el Mayorazgo y su señora fueron perseguidos por un toro desgaritado de la plaza mayor, y que en el trance de verse con la sola escapatoria del precipicio, prometieron una crecida suma para concluir la fábrica de la iglesia y convento dominico de Nuestra Señora de la Candelaria. Y agrega la leyenda que fue tal la munificencia de los salvados por el milagro, que a su muerte los frailes los sepultaron en el sótano del templo, sentados en sillas de oro, guardando el subterráneo que unía a los hijos de Santo Domingo con los recoletos franciscanos del Convento de San Antonio de Padua, situado al otro extremo de la ciudad.

Yo conocí las ruinas de la Candelaria, donde aún se decía misa a mediados del siglo pasado, y presencié con ojos abismados de curiosidad, la vana búsqueda del fantástico subterráneo. También alcancé a conocer a principios de este siglo, los vestigios de la Iglesia de San Francisco, cuyo techo fue descargado después de los

fuertes temblores de 1894. Ví los altares dorados y las imágenes talladas que se guardaban, parte en casas privadas y parte en la vieja sacristía del convento.

El convento franciscano, conforme a la antigua legislación colombiana, fue aplicado, lo mismo que los bienes del Mayorazgo, para sede y rentas del Colegio de Varones. (Su capital, por el año de 1870, pasaba de cien mil venezolanos. Cuadruplicado, como *mínimum*, sería hoy cosa de dos millones de bolívares). Cuando empecé en 1908 mi educación secundaria, asistí a las aulas venerables de aquella antigua y prestigiosa casa académica. Pero en 1913, el General Juan Vicente Gómez buscó los medios de quebrantar la rebelde autonomía de los partidos de Trujillo, y simulada una alteración del orden local, dentro de la gran simulación que rompía el "hilo constitucional", fue enviada tropa de línea, (como dice Gustavo Herrera), a que *pacificase* el Estado. Un batallón hizo asiento en el edificio del Colegio, desde entonces andariego en casas de alquiler. El civilizador Guzmán Blanco lo despojó de sus rentas. La tropa rehabilitadora lo dejó sin casa. En 1934, con ocasión del centenario del lánguido Instituto, publiqué una reseña histórica, con el fin de lograr que le fuese devuelto el edificio, por el benemérito gobernante que "tántos servicios

había prestado a la cultura de Trujillo". Tan eficaz fue el procedimiento, que el General Eleazar López Contreras, a la sazón Ministro de Guerra, recibió órdenes del General Gómez para proceder al traslado del batallón, pues en el trabajo por mí escrito, mal comentado por algunos trujillanos, tuvo tema eficaz el doctor Enrique Urdaneta Carrillo con que ganar la voluntad del General Gómez a favor del viejo Colegio. Sin embargo, nada se hizo entonces, y la tropa siguió ocupando, con desagrado de los trujillanos, el edificio destinado a centro de cultura, hasta que el ilustre Presidente Medina Angarita dispuso moderno cuartel para acantonar las tropas, y la demolición del edificio viejo del convento. Pero como el Colegio está de tuerce, según dicen en estos casos los costarricenses, la nueva construcción, por cierto bastante pobre, se destinó a una concentración de escuelas y el viejo y prestigioso Instituto sigue a merced de que le alquilen un local.

Fallaría la memoria del Colegio, si entre las brumas del recuerdo no apareciese la figura venerable del ilustre sabio don Rafael María Urrecheaga, blasón de la antigua cultura de mi pueblo. Yo lo conocí cuando asistí como escolar al antiguo claustro franciscano. Por estar baldado, lo llevaban en silla de ruedas para que dictase la cáte-

dra de griego. De su figura no tengo otra memoria sino la bola de nieve que formaban sus largos cabellos y su barba hebraica. De él queda también apenas un vagaroso recuerdo. Su obra no tuvo quien la cuidara. Ninguno de los prohombres del Trujillo de entonces se preocupó por la conservación de sus manuscritos y de su famosa biblioteca. Yo ví vender en cestas, como en Trujillo se vende el amasijo, los volúmenes de su librería. A mi padre oí lamentarse de la pobreza que le impedía adquirir tan buenos libros. Entre las pocas colecciones que pudo comprar, figuraban las obras de Jovellanos, que leí en mi juventud. Al margen, tenían notas que ampliaban o enmendaban conceptos. Creo que de Urrecheaga apenas se han salvado los catálogos de la lengua timoto-cuicas que envió a Arístides Rojas, (después utilizados por Alfredo Jahn), y unas traducciones del alemán, que se conservan en la Sección Rojas de la Academia de la Historia. En el Ministerio de Fomento debe de estar la descripción de un invento suyo para aprovechar como fuerza motriz el oleaje marino. Hasta la edad avanzada de su muerte, creo que por 1907, la cabeza de Urrecheaga era la biblioteca de Trujillo. Lo que no se sabía, así fuese de Teología, de Astronomía, de Leyes, de Historia, de Lenguas, de Botánica, de Artes, quedaba resuelto con

preguntarlo a don Rafael. Y abísmese usted, mi noble amiga, don Rafael no salió nunca de Trujillo. Fue el autodidacto perfecto.

Sin pensarlo, me pasé de la leyenda del Mayorazgo a la tragedia que más duele a los trujillanos, especialmente a quienes tuvimos ocasión de asistir a clases en el viejo recinto conventual.

A usted referí en cierta ocasión mi paso por la escuela de primeras letras, del viejo don Eugenio Salas Ochoa, a donde concurrí cuando frisaba con los cinco años. Aquella escuelita funcionaba al lado de la casa de la "guerra a muerte", donde en feliz hora mi amigo eminente el doctor Numa Quevedo, secundado por Luis Beltrán Guerrero, de excepcional vocación y singular voluntad para ejercicios de cultura, fundó el "Ateneo de Trujillo".

El recuerdo amable de Doña Ana, la esposa de don Eugenio, que me enseñó el alfabeto, lo evoqué ante la gente vieja de mi pueblo, cuando el año de 1947 fuí a Trujillo, para ser recibido en aquel Instituto.

¿Y por qué no disgregar aquí? La vida ha sido generosa conmigo, y la fortuna me ha suplido, para la complacencia, lo que no hubiera alcanzado por mis modestos méritos; pero, créalo usted, pocas satisfacciones me han llegado al tuétano como la experimentada cuando el Ateneo me

recibió en calidad de miembro de honor. No fueron los elogios desmedidos, que me hicieron pensar en la generosidad de las alabanzas fúnebres; fue el pueblo de Trujillo, el pueblo mío, que se juntó para expresarme la ingenuidad de un cariño inmerecido; era mi pueblo, donde estaban conjugados, para la expresión fraterna, pobres y ricos, amigos y enemigos políticos; era mi pueblo, que me daba la fe de su fuerza, en momentos en que mi estrella de hombre público estaba cubierta por hostiles nubecillas. Supe, aún más entonces, por qué es sagrado el suelo en que se nace. Sentí también cómo hay afectos que enlazan inquebrantablemente nuestro destino al paisaje físico y al paisaje moral donde se formó nuestro carácter y se nutrió la vida de nuestro espíritu.

¡Cuando pasaba de niño por la puerta de la casa misteriosa, donde se decía que de noche se quejaban los espantos, no intuí por nada que ahí mismo, al correr del tiempo, viviría noche tan clara como aquella otra en que, para mi daño, me hirieron, casi en la misma cuadra, unos inolvidables luminosos ojos negros!

Por ante aquella vieja casa pasé muchas veces, cuando mi escuela estuvo provisionalmente en el nombrado edificio del Colegio, en razón de haber tomado su local una pequeña guarnición llegada a la capital, posiblemente con motivo de

la persecución contra el general Rafael Montilla. Pero esta escuela no era ya la de los viejos Ochoas, sino la antigua escuela del Maestro Portillo y Valera, que, cambiando de nombre, como han cambiado de nombre, sin mejorar, todas las cosas en Venezuela, había llegado a ostentar el de Escuela "Castro", en homenaje adulatorio al general Cipriano Castro, Restaurador de la Patria.

Vea e intuya usted, mi noble amiga, la tragedia de mi generación y de tantas otras generaciones venezolanas. ¡Felices los jóvenes que se han levantado en medio de la relativa independencia y altivez de estos últimos años! Compare usted estos que refiero con los recientes dorados tiempos de Isaías Medina, cuando la juventud respiró sin miedo un aire de absoluta libertad. Ahora sí que cada quien es dueño y responsable de su propio destino. En aquellos almanaques, nuestro texto de educación cívica fue la continua alabanza del "Cabito". Creo que en lugar del Escudo Nacional, estaba entronizada la efigie del Invicto. Los sábados, después que la muchachera había cantado el *Gloria al bravo pueblo*, adornábamos el retrato de Castro con flores recogidas en el pequeño jardín escolar. Este nuestro primer encuentro con la lisonja política. Pero ahí mismo, en la modesta escuela, servida por dos sencillos y sufridos profesores, Rafael María Al-

tuve y Rafael Quevedo Urbina, tuvimos mis compañeros y yo, otros encuentros con la realidad de la política criolla. Frente a nuestro plantel tenía su casa de habitación el Jefe Civil del Distrito, dueño de un perro feroz que atendía al bárbaro nombre de *Solimán*. Y no sabría decir a usted las veces que, espantados, tuvimos los muchachos que ir a refugiarnos a la vieja Iglesia Matriz o en el zaguán de la casa de don Juan Guerra, para huír los dientes de la bestia, cuyo encierro no era posible que lograsen nuestros maestros, en razón de los privilegios y franquicias que disfrutaba el bruto, como perteneciente a la casta gobernante. Aprendimos también en la escuela, para que después lo comprobase con creces la caprichosa selección de los funcionarios públicos, que nada valen los méritos ante el poder de las influencias y el peso de la sangre. Por ser condiscípulos nuestros los hijos de las autoridades locales, supimos que para aquéllos el gobierno tenía premios, así fuesen a la cola de la clase. Pero con este aprendizaje disvalioso, que apenas sirve como tardía reflexión para ver cuál fue el ambiente en que se formó nuestra conciencia infantil, tuve en la vieja escuela de Trujillo una fecunda lección, que bastante me ha servido durante el curso de mi modesta vida pública.

No había en mi pueblo enseñanza privada y

la escuela estaba abierta a los distintos sectores sociales. Los niños de zapatos se sentaban junto con los de alpargatas y junto con los de "pata en el suelo". A la par de los hijos de los señores ricos de la ciudad, tomaban puesto algunos muchachos que venían de los campos vecinos, con la camisa de liencillo marcada con las manchas de plátano, que distinguen a nuestros peones rurales. Aquella era en verdad escuela de democracia, y como semejante al de la capital eran, y en su mayoría siguen siendo, los planteles educativos del Estado, acaso los trujillanos sean por ello los venezolanos que exhiben mayor sentido de sencillez igualitaria, consecuencia, además, de un hecho positivo que favorece a la región: en Trujillo es donde está mejor dividida la propiedad rural, y, por consiguiente, donde menos se abultan los reatos que derivan de la injusta distribución de la riqueza.

Pacífico y sencillo discurría el hilo de la vida trujillana durante mis felices e inolvidables años de escuela. Eran pocos los sucesos que en el año alteraban la monótona quietud ciudadana. Algún encuentro de encumbrado político; la visita, cada cuatro o seis años, del señor Obispo; el ocasional anuncio de unas "maromas" o la llegada, por Corpus y San Juan, de algún torero de la legua. La vida principal del pueblo seguía el

curso del añalejo y para todos, en especial para los niños, el año comenzaba con el mes de diciembre.

Claros y frescos, con mañanera visita de neblina, bajada de la cercana cordillera, los días pascuales daban un peculiarísimo aspecto a la ciudad. Por el 20 empezaban a llegar de los campos las cargas de musgo y de estoraque, los haces de helechos y las aromosas pascuitas, con que eran adornados los pesebres con el paso del Nacimiento. Las fiestas comenzaban en la tarde del día 24, con la procesión de San José y de la Virgen, que venían de la Otra Banda a esperar el trance del alumbramiento en la Iglesia Matriz. Por entonces no había capilla en el "Bravo Pueblo", como se llamaba aquel barrio, en la Colonia llamado de los Catalanes, y hoy convertido en Municipio Santa Rosa. De una casa privada salían las imágenes, y acompañadas de villancicos y cohetes, hacían el recorrido hasta la Iglesia. El pueblo cantaba:

*A Belén pastores,
vamos a Belén,
porque va a nacer
Jesús, nuestro bien.*

*Esta noche es Nochebuena
noche pa' no dormir:
la Virgen está muy gorda
y esta noche va a parir.*

Por la noche era la típica fiesta del “Enano de la Kalenda”. ¿De dónde vino esta costumbre? Yo no sabría explicarlo. En la lánguida y monótona música de las zambombas y de los cincos, que acompañan a los pedidores del aguinaldo, se perciben reminiscencias negroides:

*Déme mi aguinaldo,
mi señor doctor:
aunque yo soy negro
merezco el favor.*

*Si me dan hallacas
me las dan calientes,
porque hallacas frías
enferman la gente.*

No sé si Juan Liscano, Olivares Figueroa o Isaac Pardo hayan descrito este baile, como ya lo han hecho con los “chochos” de San Benito. El chiste del enano consiste en simular con el movimiento del vientre, donde van pintados los ojos y la boca, un grotesco rostro, pues la cabeza

y los brazos, con parte del tórax, van ocultos en una manera de cono invertido, cuya base la constituye un cesto de arnear, colocado sobre la cabeza, y envuelto todo en espesa tela negra. A la altura de la cintura, unas fingidas manos hacen más ridícula la mojiganga. El enano bailaba al son del cinco y los furrucos, acompañado de coplas y aguinaldos. Lo hacía en las esquinas, en la mitad de las calles y aún en las mansiones particulares. En la semioscuridad del Trujillo de faroles de aceite, aquella invención tenía la gracia de que hoy carecería a la luz de las bujías eléctricas. Cada grupo era de solo un enano, pero al mismo tiempo cruzaban la ciudad los enanos que venían de las Araujas, de Hoyo Caliente, del Cerrito, de la Otra Banda, del Calvarito y de la Quebrada de los Cedros.

Satisfechos los muchachos con la alegría de la farsa y con el ruido festivo de las recámaras y de los triquitraques, esperábamos con impaciencia la hora en que “nacía” el Niño Dios, para después de los rezos y de los villancicos, saborear a la mesa la hallaca multisápida, los buñuelos de yuca y el dulce de manjar blanco, que tipifican la cena navideña de Trujillo.

El día de Navidad estaba destinado a la larga visita de pesebres. Eran en mi tiempo los más señalados el de Trina y Rosarito Añez, que

tenía una graciosa representación de cuadros de la Historia Sagrada, y el de la tía Edelmira, en la calle de la Candelaria; el de las Casas, el del Padre Carrillo, el de doña Eustoquita Perozo, el de doña María Benicia, el de Petra Rodríguez, el de las Rosales de La Cantarrana, el de las Almarzas, el de las Araujos de la Cruz Verde, el de don Lucas Montani, el de las Cegarras, el de las Panacci, el de las Coronados. Nos reuníamos en caravana los muchachos para la visita conjunta, y ésta, lejos de limitarse a contemplar el fingimiento de cerros, pueblos, ríos y lagunas, se extendía hasta aceptar el obsequio de chicha o de carato, de manjar o de buñuelos, que ofrecían las casas amigas, (¡pero si todas eran amigas!), con el natural interrogatorio acerca de la salud de las familias respectivas.

Si alegres eran la Nochebuena y los siguientes días pascuales, el Año Nuevo no llegaba al ancho regocijo de aquéllos. En cambio, especialmente para los muchachos, el Día de Reyes era objeto de intensa expectativa, ya que en él amanecían los zapatos colmados de los regalos, que durante la noche habían traído los generosos Magos.

En mi modesta infancia de niño provinciano no hubo "arbolitos de Navidad", menos aún, exóticos Santos Nicolases de blancas barbas. Respi-

ramos los muchachos de mi generación, allá en la tranquila cordillera nutricia, el aire de la vieja Venezuela, agrícola y pastoril, que no hacía presumir la vecindad de una nueva Venezuela, de la cual serían arrancados de cuajo los símbolos que diferenciaban la genuina nacionalidad. El pesebre, los Reyes y el "enano de la kalenda" correspondían a una tradición enraizada en el suelo fecundo de una historia nutrida por nuestra misma independencia. Las generaciones que habían creado la Patria, formaron, también, esas sencillas y gratas costumbres, hoy expulsadas por la ridícula imitación de usos extraños, que nos imponen, con aplauso de ilustres esfialtes, de prestigiosos nombres, los nuevos conquistadores de suelo y de conciencias. ¿No ha sentido, mi noble amiga, cierto escozor de vergüenza nacional cuando ha llegado a sus manos alguna tarjeta de Navidad, con versos en inglés, a usted dirigida por amigos del Interior, ignorantes de que digan las tarjetas? De mí sé decirle que las Navidades han llegado a ser el tiempo en que gasto peor humor, pues al compás de ellas veo cómo se nos deshace Venezuela, pese al patriotismo que pregonan los presuntos encargados de guardar los tesoros de la nacionalidad. En la época de mi niñez duraban tanto en el suelo de la conciencia nacional los antiguos valores formativos, que re-

cuerto un juego, a base de dos bandos, uno que vitoreaba al Rey de España, otro que vitoreaba al Rey de Francia. El bando de los franceses fatalmente tenía que ser derrotado. En mi madurez, evocando vagamente aquel tipo de infantil divertimento, he dado en pensar que acaso se recordaba con él la desgraciada invasión de Trujillo, el año de 1678, por los filibusteros franceses de Francisco Esteban Grammont.

Pasados los Reyes, venía la gran fiesta del Niño Perdido. En la noche del 14 de enero salían a la calle, entre candelas y villancicos, los buscadores del Niño. San José, representado por joven de talares galas y fingidas barbas, llevaba de la brida la tarda pollina montada por la cándida niña que hacía de María. A las ventanas se asomaban las damas y la procesión de pastores se paraba para cantar los villancicos de la pregunta:

*Oiga, doña Juana,
diga la verdad:
si usted tiene el Niño
tenga la bondad.*

*Aquí no está el Niño,
sigamos buscando:
vamos donde Julia,
que lo está esperando.*

*San José y la Virgen
no tienen consuelo:
se les fué el Niño
que bajó del cielo.*

Llegados a la casa donde se sabía que estaba el Niño, se celebraba el hallazgo con cantos, refrescos y bailes.

Y cuando terminaban los eventos del Niño Perdido, ya la gente estaba preparada para los grandes festejos patronales. La ciudad, como de todos es sabido, después de haber deambulado por distintos puntos de la provincia de los cuicas, asentó el año 1568 en el estrecho valle de Mucas. Diego García de Paredes la fundó, cerca de Escuque, en 1557, con el nombre de Nueva Trujillo; Francisco Ruiz la repobló con el de Miravel; luego se la llamó Trujillo del Collado, Trujillo de Salamanca, Trujillo de Medellín, hasta tomar el nombre final de Nuestra Señora de la Paz, en honor de la Virgen María, invocada bajo tan promisorio patrocinio. Desde los días de la colonia fué fiesta principal de la ciudad y a ella acudían Teniente, Cabildo y Regimiento, presididos del real pendón y de los graves maceros, vestidos de largas hopalandas. En un principio hubo dos fiestas: la religiosa y popular y la ofrecida por el Ayuntamiento. Cuando yo era niño, pese a la decadencia en que había caído, la fiesta

se celebraba con alguna pompa. Quedaba aún un vago recuerdo de la Cofradía de la Paz, fundada el año de 1584, y a la cual se debió el esplendor antiguo con que el 24 de enero se festejaba a la Patrona. Aún en mi tiempo se corrían toros y se quemaban lujosos arbolitos de fuego. Cómo recuerdo el alegre recorrido que hacía por las calles la víspera del 24, la vieja Banda Vásquez, para repartir, entre recámaras y cohetes, la laudatoria a la Virgen, confiada a algún versificador de la ciudad e impresa en la modesta tipografía de Aparicio Lugo. En la mañana del 24, la misma Banda, en el antiguo altosano de la Iglesia, iniciaba los festejos con marchas ligeras. Iban llegando las señoras, muy bien metidas en las viejas sayas, olorosas a cedro y a vainilla. Los señores se vestían la levita traslapada y el sombrero de copa y sacaban a lucir los ricos bastones de pomo de oro, con vistosos monogramas. Los mozos mayores se reunían en la acera de la plaza, para ver entrar a las muchachas; los pequeños éramos llevados por la gente grande de la casa y más que a todos nos alegraba oír a las sordas campanas diciendo:

*La arepa y el caldo
se están calentando
pa'el Padre Carrillo
que está trabajando.*

(Grave y monótono era el golpe de las viejas campanas coloniales; desentonó al oído de señora forastera, influyente en la política, y vino la sustitución por modernos bronce fundidos en Puerto Cabello. Sucedió esto en 1923 y "El Herald", de Caracas, publicó entonces mi primera protesta por la destrucción del Trujillo tradicional).

Era costumbre entonces alfombrar el piso de la iglesia con hojas de oloroso laurel, que los campesinos devotos traían de la montaña cercana, y cuya fragancia, unida a la del litúrgico incienso, provocaba hasta desmayos en las damas de trincado corsé.

Misa de tres padres, asperges, tercia y sermón. Era el lujo máximo de la liturgia. La imagen de la Patrona era bajada del nicho del altar y colocada en el gran trono, en que se la sacaba a la calle para la solemne procesión. En mi época de niño ya el Gobierno no asistía con la solemnidad antigua. Los Presidentes apenas iban al templo a recibir la llave del Monumento en Jueves Santo o cuando mandaban cantar un *Tedeum* el 23 de mayo o el 19 de diciembre. La fiesta patronal la presidía la Sociedad de la Paz. Cuando yo era muchacho el estandarte lo portaban Adolfo Rosales o Miguel Rusa. Los hombres mayores se sentaban en sillas o bancas que abrían calle, en la parte alta, que se llamaba "Cabildo".

La abuela nos decía: “Los niños, cuando van a la Iglesia, no deben sentarse en el Cabildo, que es para los señores”. (Aquella denominación quedaba como recuerdo de los privilegios de los antiguos regidores). Al terminar la misa, la Sociedad de la Paz, vestidos de negro sus componentes, y con el estandarte a la cabeza, era acompañada de los músicos y del pueblo, hasta la residencia del Presidente, donde se servía un apropiado refresco. (Antiguamente este obsequio lo pagaban las rentas de la Cofradía, hasta que lo prohibió el Obispo Martí).

Hemos entrado en la Iglesia, señora mía, y me parece una falta de respeto salir de ella sin hacer antes un pequeño recuento de su historia y una rápida descripción de sus altares. Debo advertir también a usted, que para mí esta Iglesia tiene un valor que no lo iguala el de Nuestra Señora de París o el propio de la Catedral de San Pedro en Roma. Sí, señora. Porque a esta Iglesia de Nuestra Señora de la Paz, fuí llevado de la mano, para recibir en su bautisterio el óleo de cristiano. (Fuí caminando, porque el agua me había sido “echada por necesidad” en mi propia casa). Y a esa Iglesia habían ido mis padres a recibir la bendición para sus nupcias. Y habían ido también mis abuelos por más de tres

siglos. En aquella Iglesia, como en el propio corazón de la ciudad, tiene sus raíces mi mundo.

El Obispo Martí nada dice de la fecha en que fue concluída la fábrica del templo, pero ella aparece visible en la parte exterior del presbiterio. Todas las tardes la refrescan los trujillanos que van a contemplar la ciudad desde la relativa eminencia de la Alameda Rivas. Creo que dice: Año de 1662. Se concluyó con fuerte ayuda suministrada por el Obispo Fray Alonso Briceño. Inmediatamente después de fundada la ciudad y de distribuídos los solares, comenzó la edificación de la Iglesia, con título de Santiago Apóstol, hoy olvidado. En las partidas bautismales del Siglo XVII yo he leído: "estando en la santa iglesia parroquial de el señor Santiago Apóstol". También se llamaba por entonces de "Nuestra Señora de la Paz". Subsistió este nombre, por coincidir con el de la propia ciudad. En su fábrica se utilizaron como pilares cuerpos uniformes de grandes cedros, cortados en el puro valle de Mucas, donde había asentado la población. Frente al templo, yo ví uno de estos venerables señores de la selva primitiva que fue Trujillo. Algún gobernante civilizado lo mandó a cortar. Estas hermosas columnas descansan sobre basas de piedra labrada, que al presente son testimonio de la laboriosidad de los primiti-

vos constructores trujillanos, amigos de edificar sobre bases de sillería.

Tiene la iglesia tres naves, de ellas más larga la central, por concluir en el altar mayor, que antaño fue de rica madera labrada y dorada al fuego, y que hoy es de pesada mampostería, de pésimo arte. Era yo muy niño cuando una lamentable iniciativa de progreso, patrocinada por lo más granado de la ciudad, encomendó al maestro de obra Lucas Simón Montani la construcción de este horrible altar de ladrillos y mezcla, pintado de blanco, con simuladas estrías marmóreas. A quienes crean que el mal gusto tiene límites, les convendría visitar la Iglesia de mi pueblo; y si, además, llegasen a conocer el antiguo altar desalojado para entronizar este adefesio de argamasa, dirían que bien merecido hemos tenido los trujillanos ciertas cosas de que irreflexivamente nos quejamos, culpándolas a quienes nada tienen que hacer con nuestras propias determinaciones.

Seguramente me excusará usted que no me alargue en la triste historia de este altar, cuando lea lo que en seguida le escribo. Del lado de la Epístola y al final de la respectiva nave, estaba el altar de Santa Lucía y San Roque. Lo conocí pintado de antiguo, con colores de mal gusto, que dejaban, sin embargo, admirar la habi-

lidad del tallista primitivo; mas, recientemente, cuando era yo hombre hecho y derecho y hasta con mando en Trujillo, por más veras, una nueva cofradía de progreso, contra la cual nada pude hacer, llegó a sustituirlo por un espantoso altar de estilo pseudo-gótico, fabricado, pásmese usted, a base de hojalata. He de decirle, sin embargo, que la primitiva pintura de este altar, ganaba en gusto a la actual pintura de las paredes de la iglesia, echada por 1910 y en camino actualmente de ser sustituida por un sencillo y agradable colorido. Ojalá los restauradores de la vieja sencillez, tuviesen la buena idea de restituir a su antiguo sitio el venerable púlpito colonial que fue trocado por un brillante púlpito de mármol, sin mérito de ninguna especie.

Bueno, y no es que trate ahora de exculpar a mis paisanos, bastante acreedores de varas y prisiones por estos crímenes contra el arte y la tradición. Semejantes a éstos han ocurrido delitos de la misma materia en toda Venezuela, incluso en nuestra ilustre Caracas, ellos en los templos, ellos en palacios oficiales. Si muchos de estos crímenes pesan sobre la corona de algunos curas de misa y olla y aún sobre obispos de luciente mitra, la responsabilidad es, en cambio, colectiva, por cuanto deriva del prurito necio de quienes han dado en la flor de mirar lo antiguo

como desprovisto de mérito y han tomado el camino de celebrar rabiosamente las cosas a la moda. Esto de los altares y retablos es espejo de lo que ha sido nuestra irreflexión nacional para salvar los perfiles del País. Del mismo modo como se ha creído ingenuamente servir al progreso sustituyendo una hermosa talla del Siglo XVI español por una moderna figura de pasta iluminada, así mismo se han desalojado viejas costumbres que correspondían a un estilo de vida elaborado por nuestros antepasados, para adoptar en su lugar ridículas invenciones de la hora, o hábitos, justificados por solera de tiempo, en otros climas y países. Piense usted, mi noble amiga, en la cara de asombro y de burla que pondría un joven lechuguino de estos tiempos si se le invitase a ensayar un vals o una vieja polka. En cambio, se sienten felices bailando entre morisquetas de mal gusto y dengues ridículos, uno de esos abominables *mambos* que el mulato Pérez Prado, a ciencia y paciencia de las autoridades, ha venido a “enseñar” a nuestra gente “bien”, y con lo cual se lleva miles de bolívares, que debieran destinarse a mejor paga para nuestras criollísimas orquestas.

Me salí de la Iglesia de Trujillo sin terminar la visita de los altares, y como estábamos en el testero de la nave de la Epístola, bajemos a la

Capilla de San Pedro, donde aún queda, sentada en su silla gestatoria, la vieja imagen del apóstol, que veneraba desde 1629 la cofradía de su nombre; la sigue la antigua Capilla de San Francisco Javier, hoy consagrada a Jesús Crucificado. Bajando más, damos con la puerta que iba al antiguo cementerio, y más abajo, cerca de la puerta de entrada, la vieja capilla del bautisterio, con su gran pila de piedra labrada. En la nave del Evangelio, y en la parte superior, está el altar de Nuestra Señora de los Dolores, que tuvo cofradía en el Siglo XVIII; después, la Capilla dedicada hoy al Santísimo Sacramento y a la Señora de las Mercedes, antiguamente titulada a Nuestra Señora de la Paz, cuando debió ocupar sitio principal en el altar mayor la imagen del apóstol Santiago. Seguía el altar de las Benditas Animas, y por último, la Capilla de Santa Rosa de Lima, hoy dedicada a María Inmaculada.

No sé cuándo fue reservado el Santísimo Sacramento en su actual capilla cerrada, pues primitivamente se guardaba en el altar exterior de Nuestra Señora de los Dolores. Acaso este transferimiento tenga relación con una curiosa profanación que lamentablemente tuvo lugar cuando era cura el Padre Miguel Ignacio Urdaneta. Cuenta la tradición que en el sitio de Mocoy había ganado fama de milagroso un viejo nicho que

representaba a la Trinidad, y que pertenecía a cierta devota y sencilla familia. A La Plazuela era traída la imagen una vez al año, para celebrarle gran fiesta. El resto del tiempo era objeto de continuas visitas de los devotos, quienes llevaban *milagros* de plata, velas y dinero. Junto con el honor de los milagros, el "misterio" de Moco y pasó a ser un pingüe negocio para los propietarios del famoso nicho. No sé por qué se suscitó entre la agraciada familia una disputa, y hecha dos bandos, ambos porfiaban por la tenencia del "misterio". El pleito paró en que el Padre Miguel ordenase salomónicamente que la imagen fuera traída a la Iglesia de Trujillo, para ahí recibir culto y dádivas. Un sector de la familia se trasladó a vivir en las inmediaciones del pueblo de San Lázaro, y persistiendo en el deseo de tener consigo el "misterio", resolvieron llevarse a juro el nicho, y validos de las sombras de la noche, penetraron en la Iglesia y cargaron con la veneranda y deseada imagen. Mas la alegría del botín se trocó en espanto, cuando descubrieron con las claras del día que lo que se habían llevado de la Iglesia era nada menos que el Sagrario con las formas consagradas. Medio locos por el sacrilegio, hincaron las rodillas ante los sagrados despojos, mientras uno de ellos fue a San Lázaro a confesar al cura el atropello. Ho-

ras después, las gentes del pueblo acompañaban con luces al sacerdote para el traslado al templo, con la debida liturgia, del Señor Sacramentado.

Pregunto ahora: ¿sería para evitar otro posible sacrilegio que el Padre Urdaneta trasladó el Sagrario a la Capilla de las Mercedes, espantado de que por tercera vez pudiera ser de nuevo profanado el Sacramento? Y digo tercera vez, por cuanto aún no he referido a usted otro lance en que fue irrespetada en Trujillo la Eucaristía, esta vez por un sacerdote con todas las de ley. Pasó cuando las fuerzas de Venancio Pulgar, idas a castigar la resistencia de los Araujos para abrazar el guzmancismo, tomaron a hierro y fuego la ciudad de Trujillo. Servíales de Capellán un sacerdote de apellido Román, quien resolvió cantar un *Tedeum* por el triunfo de Venancio. (Esto del *Tedeum* para festejos de política corresponde a una costumbre que viene muy de atrás y que deja bastante mal parado el verdadero concepto de la caridad y de la paz cristiana. El Cardenal Cisneros lo entonó en Orán sobre una montaña de cadáveres de moros; el pirata Grammont lo hizo cantar cuando tomó la barra de Maracaibo, y ahora he leído que un jesuíta norteamericano se apresta a cantarlo cuando el señor Truman ordene que le sea arrojada a los chinos la primera ración de atómicas). Pero sigamos con nuestro

amigo el Capellán de la tropa de Venancio. Hizo aquél buscar al Padre Urdaneta, y se le dijo que andaba de bautizos y matrimonios por los campos; intentó ponerse al habla con el Sacristán, y le informaron que era tonto y se había escondido al escuchar los primeros tiros; fuese donde una beata a quien el Cura dizque daba a guardar la gran llave de oro del Jueves Santo, y la beata se negó a recibirlo, porque venía con gente "lagartija". Indignado el sacerdote, a quien sus alegres compañeros de armas habían convidado con algunas copas de aguardiente, hizo abrir la puerta de la Iglesia y ordenó que la tropa se formase para adorar al Sacramento, mientras se cantaba el *Tedeum laudamus*; y puñal en mano se acercó al altar y forzó la cerradura, y se dió a gritar:

—“En Trujillo hasta el Santísimo es “poncho” y hay que hacerle entender que las cosas están cambiando!”.

Ni de este ni del otro sacrilegio doy fe de que haya sucedido. Oí en Trujillo estos relatos y como me los contaron se los cuento, con las reservas y las excusas del caso. Apenas aseguro que el Vicario Urdaneta dió con sus huesos en la Cárcel, por no conformarse con Venancio.

Me refería la abuela que hubo un tiempo en que la parte central de la Iglesia lucía las lápidas

de las personas del viejo "señorío", cuyos restos habían sido trasladados al sagrado recinto. Llegó la onda del progreso y se creyó de mejor gusto uniformar el piso y sustituir lápidas fúnebres y la primitiva piedra labrada de las losas comunes, por pulidas baldosas de mármol. Algunas de las lápidas viejas fueron hacinadas en el interior de las capillas y otras echadas fuera, como cosa inútil. No se asuste usted de lo que voy a referirle. Una de esas lápidas, que era de metal, fue rodando hasta llegar en 1915 ó 16 a la herrería de Clodomiro Rodríguez, quien, lejos de fundirla, la mostró a don Ezequiel Urdaneta Maya, el cual, advertido de su precio, estudió con los doctores Inocente Quevedo y Amílcar Fonseca la inscripción latina que exhibía. Se trataba del bronce que había cubierto la sepultura donde se enterraron, al nivel del altar mayor, los despojos del Obispo Fray Alonso Briceño, muerto en Trujillo en 1668. Hoy dicha lápida se conserva en el Museo Arquidiocesano de Mérida. No recuerdo la inscripción que acompañaba al escudo, que estaba constituido por el águila explayada y las aspas de San Andrés, de las armas de los Briceños, cimadas por el capelo episcopal.

Fuera de los viejos fundadores, cuyas cenizas deben de estar sepultas en la Iglesia, las del Obispo Briceño son las de la figura más prestante allí

enterrada. Murió este Prelado, como he dicho, el año de 1668, después de haber gobernado la Diócesis de Caracas y Venezuela desde la ciudad de Trujillo, sin jamás haber venido a la capital, donde estaba la Catedral. Algunos explicaron este hecho singular por la complacencia de ser Trujillo el solar de los Briceños de Venezuela y pertenecer Fray Alonso a la rama chilena del apellido. Para mí el caso deriva de otra circunstancia.

De su silla de Nicaragua fue trasladado el Obispo para sustituir al tremebundo Fray Mauro Tovar, quien además de haber reñido con el gobierno civil de Caracas, había establecido profunda discordia entre la Mitra y la orden de San Francisco, a que pertenecía el nuevo Obispo. Acaso impuesto en Maracaibo, donde desembarcó y tomó posesión del Obispado, de estas desfavorables vísperas, prefirió quedarse de asiento en Trujillo, donde había convento de su religión y se disfrutaban clima, comodidades y riquezas de que no gozaban otras ciudades del interior. Desde allí gobernó, pues, su Diócesis el curioso Obispo, quien dividía el tiempo vaco entre el ejercicio de la caza y el cultivo de la filosofía escotista, en que fue eximio maestro. Fue el primer Prelado que estudió el proceso de la aparición de la Virgen de Coromoto y quien se adelantó a auto-

rizar su culto. Después de su fallecimiento hubo ocurrencias en Trujillo que vale la pena de recordar.

Muerto intestado, la Iglesia de Caracas entraba en el goce de los espolios, pero antes de entregar la gruesa fortuna del Prelado, un sobrino suyo, el clérigo Fray Diego Briceño, y algunos vecinos de Trujillo, hicieron perdidiza gran parte de los bienes. Pero contra los hábiles aprovechadores, el Vicario Capitular tenía el arma irresistible de la excomuni6n, y un "domingo sombrío", tanto como el de Ladislao Javor, los feligreses dejaron espantados la Iglesia, después de oír las maldiciones siguientes:

—“Huérfanos se vean y sus mujeres viudas”. “Amén”, agregaba tembloroso el Sacristán.

—“El sol se les oscurezca de día y la luna de noche”. “Amén”.

—“Mendigando anden de puerta en puerta y no hallen quien bien les haga”. “Amén”.

—“Mueran las ánimas de dichos excomulgados y desciendan al infierno con los apóstatas y traidores”. “Amén”.

Claro que con tan pavorosos argumentos tenían que flaquear las más recias voluntades de los ocultadores, quienes, según un relato de Amílcar Fonseca, recurrieron a un ingenioso ardid para quedarse con algo de la buena plata del Obispo.

Y fue decir al Procurador ido de Caracas que, ante el peligro de la llegada a Trujillo del enemigo francés que andaba quemando los pueblos del fondo del Lago, habían ofrecido una misa y una vela a Santa Ursula y a cada una de sus once mil compañeras, a fin de que L' Olonais no llegase a Trujillo. Mas el diputado del cabildo caraqueño en esto de artimañas podía dar la cangreja a los pobres trujillanos, y después de haber estudiado el grave caso en la rica librería del Convento de San Antonio, concluyó en probar a los deudores de la promesa que apenas con diez y siete pesos de a ocho se cancelaba la sagrada deuda, pues lo de las once mil vírgenes que acompañaban a la famosa mártir era un simple error, derivado de llamarse Undecimilia una de las diez compañeras de Santa Ursula, y haber leído algún hagiógrafo optimista *undecim mille* como número global de vírgenes. Conformados a la fuerza con razón de tanto peso, los de Trujillo no creyeron más en vírgenes y vieron con tristeza suma salir al clérigo con sus recuas bien cargadas de los bienes y alhajas del Obispo difunto.

Algo tengo que decir a usted del Obispo siguiente, Fray Antonio González de Acuña, dominico de Lima, muerto también en Trujillo y sepultado en la capilla del convento de las Reginas, la cual quedaba justamente en la esquina de la

gran casa que es hoy de la honorable viuda de don Juan José Carrillo Guerra. Pues cuando don Sinforiano González, a fines del siglo pasado, reconstruyó la casa, dieron los peones con los restos del ilustre Obispo, cuya presencia marca éra en la historia de la cultura venezolana, por haber fundado el Seminario de Caracas. Pero los peones nada sabían de Obispo ni de cultura, y después de haber juntado sus huesos o el polvo que pudo ser hallado, con los otros restos allí simados y una vez enviado todo al carnero del cementerio de la Otra Banda, fueron al Cura con el báculo, de donde se pudo saber que había sido exhumado el cuerpo de un Obispo.

Ya hemos hablado bastante de la Iglesia Matriz, podemos seguir camino para visitar la Iglesia de la Chiquinquirá, hoy parroquia, y antiguamente sólo Ermita del Hospital que ordenó construir el año de 1681 el Obispo González de Acuña, por haber sido arruinada la edificación que en el sitio de Las Piedras, levantó con igual fin el Maestro Francisco Albarrán Saavedra. En siglos anteriores, hubiéramos tenido que detenernos en el santuario levantado en el callejón de los Mendozas o del Tutilimundi, en honra del Crucificado, y del cual no queda vestigio ni memoria. Pero antes de alejarnos de la Matriz, echemos una mirada a su torre, que muchos creen de cons-

trucción colonial, pero que apenas fue edificada a fines del Siglo XIX. La pátina que luce la conquistó peleando como las viejas "iglesias-generales" de la reconquista española, donde tanto se consagraba el cuerpo de Cristo, como se dirigía, desde su torre guarnecida, la lucha contra los moros. Sin embargo, hay una pequeña diferencia. Allá la matanza tenía un sofisticado justificativo, por ser lucha entre cristianos e infieles; acá la contienda de setiembre de 1899 fue de fieles trujillanos, divididos por feudales apetencias. Y aunque usted no lo crea: en aquella guerrita yo perdí todo mi ajuar. Imagine que los sitiadores de Trujillo resolvieron meterse en mi casa como si fuera la de ellos. Durante el día, mis padres soportaron los huéspedes. Ya por la tarde, cuando ardía la torre, un generoso amigo vino a trasladarnos a lugar seguro, y ninguno con mayores privilegios que el honorabilísimo hogar del doctor Diego Bustillos, a quien la unanimidad trujillana rendía gratitud por los eminentes servicios prestados a la región, desde la primera gran epidemia de vómito negro. Durante la noche, la tropa se pilló lo que había en la modesta casa de mis padres y se llevó, como valioso botín, mis camisas y mis bragas. De modo, pues, que aún antes de tener uso de razón, ni siquiera el buen uso de las piernas, ya supe lo que son las guerras civiles y

las venganzas a que se presta nuestra famosa política. En este caso debo decir a usted que a mi padre se cobraba una antigua querrela que con mi abuelo mantenía el padre de uno de los sitiadores. Corridos los años y hecha la paz entre las familias, yo conocí en Caracas al sitiador de mi casa, y en uso de la cordial amistad que llegó a unirnos, recordábamos aquellos martes lejanos en que mis camisas perdí.

Largo va lo escrito con motivo de haberme referido a las festividades patronales, que todavía durante mi infancia preocupaban a la gente de Trujillo y ponían sello de entusiasmo en medio del discurso monótono de la vida de la ciudad pacífica. Y como de recuerdos festivos se trata, algo diré a usted, siempre interesada en nuestros valores folklóricos, acerca de la "Fiesta de Locos", que en mi pueblo se celebraba el día de la Candelaria. En algunos otros sitios del Estado "los locos" comenzaban a exhibirse desde los propios días navideños; de Trujillo sé decirle que hasta tomaron el nombre de "locos de la Candelaria", por ser su aparición el 2 de febrero, cuando la Iglesia Católica, en la festividad de la Purificación de Nuestra Señora, bendice las candelas de la buena muerte. Se me dice que en años lejanos tales disfraces bailaban en el propio altísimo de la Iglesia; yo apenas los ví trenzar sus

cintas, como el *sebuacán* del Centro y de Oriente de la República, en calles y despoblado. Supongo que estos "locos" sean una supervivencia degenerativa de la "Festum Fatuorum" (Fiesta de los Locos), que en la alta Edad Media formó parte de la liturgia pagana, adherida, como residuo de las fiestas gentiles, al rito de Navidad y de Epifanía. En aquélla el subdiácono, para indicar la alegría por la venida de Cristo, se cubría con la luciente mitra del Obispo, y en ciertos lugares se llegaba a designar un "Papam Fatuorum" (Papa de los Locos), reclutado entre los ministriles y los taberneros, para significar con ello que Cristo había venido a exaltar a los simples y a los desheredados. ¡Cuántos desearían hoy que este paso de locura llegara a tener arraigo en las formas modernas de gobernarse la llamada sociedad cristiana!

No sé si aún salgan por febrero estos sencillos disfraces en mi pueblo. Tal vez haya desaparecido dicha costumbre, a la cual se agregó desde 1914 la muy formal del Carnaval. En mis tiempos de niño, estaba éste reducido a un simple juego con cáscaras de huevo, contentivas de "Agua Florida" o de "Agua Kananga", y sólo había, como digo, los "locos de la Candelaria" y los disfraces infantiles del Día de Reyes. Apenas como recuerdo ya muy lejano, se nos hablaba del

viejo Carnaval de fines del Siglo XIX, en los cuales el “tuerto” Víctor González, que gobernaba la ciudad, salía, acompañado de gendarmes, a pintar de negro de humo a las mismas señoras de copete. “Cuando el atrevido intentó acercárase, me decía una de estas viejas, lo tomé de las barbas y me quedé con ellas”.

Más tranquilos, sin embargo, que los de mi infancia debieron de ser estos buenos y lejanos tiempos del carnaval de hollín y de “agua piche”. Si en realidad perduraba durante mi niñez el aislamiento urbano, es de imaginar el insularismo familiar de mediados del siglo último. A pesar de ser en extremo reducido el perímetro de la ciudad, las personas habían crecido tan introvertidamente en su soledad individual, que cada casa era un mundo independiente. Jardín y huerto, con flores y variados árboles frutales, hacían del interior de las viejas casas de Trujillo sitio holgado, donde discurría, sin necesidad de echarse a la calle, la vida de la gente. Cada casa era un mundo cerrado en que se cuidaba el prestigio de una estirpe, y mientras más fuese la pobreza de la familia, mayor era la clausura del recinto. Duraba la altivez española que sabía encararse con el hambre. De una recia matrona que ocultaba su miseria en la soledad del hogar, se contaba el caso de haberle dejado caer en el jardín,

un gavilán que pasaba, la suculenta presa de un pollo gordo. "Milagro del Señor!", exclamó la anciana y cerró aún más la puerta, para mejor defender, con la ayuda de Dios, su miseria y su hidalguía. (Un fenómeno curioso hace que la actitud introvertida del trujillano en su propia tierra se torne en extraversión, cuando mira a problemas cuyo centro de gravedad reside en otro sitio). En aquel tiempo se sabía a veces de la grave enfermedad de un vecino por el esquilón que anunciaba el inminente paso del Viático. Las propias familias se comunicaban apenas por medio de las noticias que les llevaban los criados. Me refería mi madre que en cierta ocasión advirtieron ella y mis tías gran movimiento en la casa que daba frente a la nuestra y que habitaban parientes de mi abuela. Pasó ésta la calle para informarse del grave suceso que había provocado apertura de puertas y ventanas y movimiento de criadas perfeccionando el aseo, y se la dijo, con gran sencillez y alegría, que esperaban al hermano Pedro, quien llevaba quince años de no venir a la ciudad. Y, sorpréndase usted, el hermano Pedro residía en el Páramo de Las Rosas, a cuatro horas de Trujillo.

Ciudad en extremo sedentaria, supe de señoras cuya sombra dejó de ser sentida durante muchos años por las piedras de las calles. A cuántas

de ellas apenas las conoció el pueblo por verlas de tarde asomadas a la rejilla de la ventana o puestas al alto balcón. De allí la vieja costumbre trujillana de la visita formal, con tiempo anunciada y religiosamente respondida. Caminar dos o tres cuadras era empresa que reclamaba cierto sentido heroico. Recuerdo que mi madre y mis tías, vecinas de la Calle Abajo, después de madurarlo muy bien, resolvieron juntarse para ir a la Calle Arriba, con el fin de conocer la Caja del Acueducto y de pagar cierta promesa al Cristo de la Salud. El día de aquel viaje, de apenas ocho cuadras, jamás lo olvidaré. Tenía entonces cosa de cinco años y era la primera vez que subía más allá de la esquina de "La Rochela", cerca de la cual se me decía, para más madrugarme a la curiosidad, que estaban el "corazón del diablo" y la "pata del toro de la otra vida". (Estos eran el bautizo de la fantasía popular para una concreción rojiza, en forma de corazón, incrustada en una gran piedra basáltica, que se hallaba en la Quebrada de los Cedros, a la altura del Puente Machado; la otra, la huella pétreo de una enorme pata de dinosaurio, de la época terciaria, que se encontraba en el mismo sitio. Entiendo que ambas piedras fueron destruídas o tomadas para base de una construcción). Iba, pues, con la sensación de audacia que debe de animar a los mari-

neros que se aventuran en aguas desconocidas. Vimos la caja de distribución y, doblando la esquina del "Padre Torres", pasamos a conocer el sitio donde se represaban las aguas, para ser llevadas a la caja de abajo. Uno de mis tíos, gran amigo de Castro, durante los tiempos en que éste y Gómez fueron oficiales de los Araujos, comentaba el grande beneficio que el "Cabito" había hecho a Trujillo, pues hasta entonces la única agua que corría por la ciudad era la escasa que llevaba la vieja acequia que el Obispo González de Acuña ordenó sacar de la Quebrada de los Cedros arriba, para conducirla al Monasterio de las dominicas, atravesando el interior de las casas que forman el ala norte de la ciudad. Creo que aún existe este primitivo acueducto.

Después de admirar la gran masa de agua que borbotaba en la recién inaugurada Caja, entramos en la modesta ermita de la Chiquinquirá, donde se veneraba el llamado Cristo de la Salud. Dicha imagen estuvo primitivamente en la Capilla del Calvario, situada en el lugar donde hoy está la Plaza Briceño. Se decía que había resistido el fuego del pirata Grammont, el cual apenas le había dejado humosas huellas. La ciudad la veneraba, no tanto por su valor histórico, cuanto por los numerosos milagros atribuidos a su intervención. Era en realidad un lujo de talla, que

hacía recordar a los imagineros españoles del Siglo XVI. La expresión agónica del rostro me infundió siempre, aún cuando estuve hombre, un profundo respeto y una ingenua piedad. Tenía aquel Cristo lo que Miguel de Santiago hubo de buscar en el propio gesto de muerte del modelo lanceado por sus manos de artista. Quizá era aquella, más que el primoroso San Francisco que hoy se guarda en la Iglesia Matriz, la joya más preciada que Trujillo conservaba de sus tesoros coloniales. Sin embargo, un curita semi- loco resolvió, por 1920, entregar la imagen a un pintor de brocha gorda, a quien le pareció mejor sustituir la pátina del fuego por brillante sapolín marfil. No sé si todavía haga milagros el sufrido Crucificado, continuamente expuesto a que se le desfigure, de acuerdo con las malas ideas de muchos clérigos.

Larga va esta carta, noble amiga mía. La comencé con un propósito y mire que me he enredado en un cuento que a pocos interesa. Sin pensarlo, me metí a referirle recuerdos de mi infancia y noticias de la vida histórica de Trujillo. Ojalá no se haya usted aburrido lo suficiente en la lectura de estas cordiales intimidades, en que usted sabrá ver un reflejo del afecto que me vincula con mi ciudad nativa. Usted rió, a sorpresa o a malicia, cuando yo dije que había

nacido en “la tierra de María Santísima”. Y para probarle que esta expresión no corresponde a un necio chovinismo, sino a un legítimo e ingenuo cariño hacia la región donde tomó mi vida su primer nutrimento, dí sueltas a mi tosca pluma y aquí me tiene dispuesto a ponerle punto a esta misiva, no tan final como usted deseara, pues habré de fastidiarla con nuevos recuerdos. Con mejor tinta y con pluma de mejores puntos, habría podido darme a la reconstrucción cabal de Trujillo, que en 1920 me insinuó Julio Sardi. Visitó en aquel año a mi ciudad natal este grande escritor, tan poco advertido por el mundo venezolano, y al regresar a Mérida, donde yo concluía estudios de Derecho, me ponderó la impresión que le había ocasionado mi pueblo. “Salve usted algún día para la literatura el sabor del viejo Trujillo”. Sería tema para poetas de fácil comercio con las musas, que yo me he creído pobre de recursos para expresar ese maravilloso mundo de nostalgia que vive en los labrados ventanales, en los toscos nichos, en la recia sillería y en los portones de pulida piedra, que dan vetusto aspecto a mi ciudad, más aún para ser voz de las voces opacas y humildes, que en los rincones de las claras, viejas y soledosas casas, perfumadas de albahaca y de tomillo, hablan por labios de primorosas ancianas que, a nuestras atropelladas

preguntas, responden, entre sonreídas y resignadas: “¡Andá, qué se le va a hacer! Aquel de entonces sí era Trujillo de veras. La culpa la tiene el tiempo, que todo lo cambia, hasta el modo de la voz”. Sin embargo, el tiempo ha variado muy poco el alma hermética de la apacible ciudad, que se esconde, para sobrevivir, en el espíritu de estas dulces, amables y asombradas viejecitas.

¡Cómo siento que la pintura del curita loco me haya borrado la ingenua fe en el milagroso Cristo de la Salud! El me habría podido ayudar a salir bien de este trance de epistolero.

CARTA SEGUNDA

Mi noble y generosa amiga:

No debe de haber concluído usted la lectura de mi carta anterior sobre cosas de Trujillo, y ya estoy en la tarea de proseguir la singular conversación, por medio de la cual condeno a usted a imponerse de circunstancias secundarias de la vida de mi pueblo y a conocer pormenores de una infancia como la mía, desprovista de toda manera de destellos. Pero comprendo que usted sabe medir el valor de estos sentimientos evocadores y sabe apreciar, además, que con expresarlos, rindo un debido homenaje a la tierra nutricia donde empieza para cada ciudadano el área generosa y ancha de la Patria. No intento evocar aquí ningún valor divisionista. Cuando pienso en mi tierra natal y me doy a exaltar sus elementos histórico-geográficos, por nada me separo de la idea de que allí reside, para mi concepción personal, la primera piedra del edificio de la gran

patria venezolana. ¿No juzga usted que si los venezolanos de cada pueblo se dan a pulir y a engrandecer, para una futura labor de conjunto, el valor del respectivo bloque sillar con que se saben constructores de la nación, ésta resultará de mayores proporciones y de más claro lucimiento? Quedarse, en cambio, cada quien en el reducto estrecho y egoísta de lo regional o convertir a sus signos el valor de lo nacional, es como servir a la obra de desintegración de la nacionalidad. Yo sé decirle que me siento profundamente venezolano por saberme trujillano en la integridad creadora de la atribución.

Por responder una pregunta que usted no llegó a formular, me he metido en el recuerdo grato y vagaroso de mi lejana infancia. Sobre el papel he venido recorriendo de nuevo el inmenso periplo de mis primeras aventuras trujillanas, cuyo radio crecía para mí en razón del apuntado sedentarismo de la gente de Trujillo. Como antes dije, las distancias y el tiempo aumentaban en razón del aislamiento y de la poca movilidad con que se desarrollaba la vida trujillana. Oí decir a gente de edad que las personas viejas de su tiempo terminaban por recluirse baldadas en las camas, donde las viejecitas concluían su existencia hilando pacientemente el copo de algodón. (Acaso usted no sepa que la costumbre

de tejer y de hilar la heredaron nuestras mujeres de las propias indias cuicas, expertas en la confección de mantas. El algodón de Trujillo alimentó fundamentalmente los telares que estableció Pérez de Tolosa en El Tocuyo y a tal punto llegó la industria del tejido en mi provincia, que José Luis de Cisneros dice que "las Lanas labran con destreza, haciendo diferentes tejidos, y en especial unas Alfombras de gran primor, y permanencia. Las Monjas trabajan diferentes tejidos de Pita, que se estiman mucho").

Cuando andaba por los cinco años, mis padres habitaban de alquiler una de las casas, la más modesta, de las cuatro en que se dividió el convento de las Reginas. Sentado a la ventana que daba a la calle, yo veía con curiosidad los luminosos girasoles que llenaban la descuidada Plaza Bolívar. Quizá entonces empezaba la gran siembra de árboles mayores, que a los escolares de la Escuela "Castro", esquinera con la Plaza, nos ofrecieron regalo de mangos, mamones, naranjas y cerezas, entre la fronda amable de los cambomboros y de las guaduas. (La historia de aquella aventura botánica, de que fué cabeza el progresista don Juancho Briceño, le he escuchado de labios del gran trujillano Manuel Briceño Ravello, auténtica honra de mi tierra). Si desde mi ventana infantil echaba hacia el Este la

mirada, tropezaba con los cerros de Vichú, La Caldera, Tierra Morada, La Peña del Loro y Timirisís, cuyas masas arbóreas me hacían concebir una idea confusa de soledad y de lejanía. Imaginaba que en aquella lontananza podría cumplirse el amargo deseo contenido en la canción que permanentemente escuchaba a la cocinera de la casa:

*Me voy de esta tierra, distante,
A buscar mi perdido sosiego,
Donde nadie sepa que muero
Y donde nadie llore por mí.*

Nazaria, la hacendosa cocinera, junto con Nonó, la buena y diligente cuidadora de mis primeros años, viven inmersas en la brumosa memoria de aquella casa inolvidable, donde aún quedaban vestigios de la época conventual. Al fondo, sin que fuera para nada utilizado, abría su gran boca llena de sombras, el horno donde las monjas cocían el famoso "Pan de Tunja", que fué regalo en la mesa de los ricos. Y como para dar un tinte de vida al muerto recuerdo del convento, todos los meses venía a recibir de mi padre, agente de pagos del Gobierno, su modesta pensión de exclausturada, la anciana monja Sor Florentina Castellanos, que con los ojos arrasados de lágrima-

mas, refería la plácida vida de oración que llevó entre aquellos muros.

Pero con el de Nonó y el de Nazaria perdura el recuerdo familiar y simbólico de la vieja cocina de topias, cuyo fuego, así existieran ya los fósforos, era a veces tomado del primitivo pedernal, que aún por entonces sabían manejar las cocineras de Trujillo. En torno al fuego sagrado se constituyeron originariamente las familias y las ciudades. El hogar era el sitio donde vivían los dioses protectores de la familia. Lares y penates tomaban fuerza del propio alimento con que se mantenía la llama benévola. En nuestro viejo hogar el fuego era permanente, como en la liturgia misteriosa de griegos y romanos. Apenas se le apagaba el Viernes Santo, para sacarlo de nuevo, entre alegres repiques, el Sábado de Gloria. (De mi abuelo agonizante se recuerda haber ordenado a los hijos echar agua a las brasas del fogón, por que no hubiese la comilona acostumbrada en los velorios). Nazaria en la noche cubría de buena ceniza las brasas ardientes, para que amaneciera rescoldo con que levantar fácilmente el fuego mañanero. *Flammæ ejus luciferæ matutinus inveniat*, como en la liturgia pascual. (Hállelo encendido el lucero de la mañana). Era la mejor, la leña de jumangue. Su dulce recina daba, al cocerlas sobre brasas, mejor gusto

a las carnes. La de chofó no dejaba brasas, sino pura ceniza. La de say era fuerte para el fuego.

Este tema de la cocina y de las topias parece tonto e intrascendente recordarlo, pero la memoria de los viejos cimientos, donde se cocinaba con leña o con carbón, está vinculado a una Venezuela que se fue. La Venezuela agrícola y sencilla que, en medio de la pobreza, fué dueña de su libertad y de su auto-determinación internacional. En aquellas épocas, Fermín Toro, egregio Canciller de la república, podía decir al más pintado de los agentes diplomáticos extranjeros, que el Gobierno venezolano no estaba dispuesto a tolerar intervención de parte de ninguna Potencia, como lo dijo, de severo modo, a los representantes de Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Brasil, España y los Países Bajos. Hoy se ha bajado un poco el tono de las voces y el fuego arde sin rito. Se lo hace con pasar el encendedor de la corriente eléctrica o al abrir la llave del gas *shell*. Hay también cocinillas de querosene y de gasolina, que con frecuencia provocan incendios en los hogares pobres. La antigua cultura que arrancaba del iluminado Prometeo, ha sido sustituida por una cultura enraizada en el petróleo. Una cultura sin espíritu, con que se ha roto la antiquísima tradición del fuego sagrado, que sirvió de origen a muchas religiones. La llama de la vieja hoguera

fue vista por los ojos absortos del hombre primitivo como la propia forma de un dios poderoso. Nuestros indios guaiqueríes tuvieron a su vez la visión del petróleo como la de estiércol del diablo. *Stercus demoni* dice Fernández de Oviedo en su *Historia de las Indias*. Exactamente, un valor adivinatorio que nos vino, sin haberlo sabido aprovechar, del sub-mundo aborígen. Por eso, toda su política entreguista emana un mal olor social.

Para mí nada quedaba tan lejos como el mundo vegetal que se presentaba a mis ojos por corona de las serranías. Enclaustrado dentro del muro de colinas y de sierras que rodean el vallecito de Mucas, mis ojos, más que mis propios sentimientos, reclamaban amplitud de horizontes. Alguna vez había ido en unión de mi padre y de mis hermanos hasta el cerrito de Musabá, donde estaba clavada una de las cuatro grandes cruces que, desde la entrada del Siglo XX, protegían a la población, y desde allí el horizonte se me había dilatado un poco más. Aquella modesta eminencia me había ofrecido la visión placentera del río Castán y de las vegas de las Araujas.

Viajar, no ya sobre las nubes tornadizas, que mi madre me había enseñado a interpretar, cuando en las tardes íbamos al anchuroso huerto de la casa, para arrancar de las subidas bardas las encendidas orquídeas, que aún duraban como re-

cuerdo de las monjas. Allí nos quedábamos sentados sobre las grandes piedras del solar, mi madre y yo; entregados, ella a referirme historias cargadas de morales intenciones, yo a divertirme con el lindo turpial que, amoroso, seguía la gran cauda de su blanca bata almidonada. Viajar a través de caminos nuevos era mi infantil anhelo. Apenas conocía, fuera de las largas y empinadas calles de Trujillo, la vía de la Otra Banda y de la Mesa de Triana, transitada cuando iba a *El Vergel* y a la casa vieja que tenía la abuela en *El Pazguate*. Fueron aquí mis primeras aventuras bucólicas, cuando me daba a correr entre los cafetales de nívea flor y bajo los bucares de ensangrentadas copas, o mientras descansaba al pie de los altos guamos y de los estirados zapotales, para mejor escuchar el dulce canto de gonzalicos y arrendajos. Me divertía también desgranando las hermosas mazorcas arrancadas del lánguido cacaotal. Aquello me parecía un mundo nuevo y distante del mundo cotidiano de Trujillo, así la hacienda quedase a la mera orilla del poblado. Usted, que conoce el Trujillo moderno, acaso piense que mi exaltada fantasía me lleva a fabular mazorcas de cacao donde jamás las hubo, pero aún las había en aquellos buenos tiempos, como supervivencia de una agricultura que fue totalmente desalojada por el café, cuando este grano

adquirió fantásticos precios a fines del pasado siglo. ¡Malaya aquella edad agrícola, de suficiencia y dignidad!

El gran viaje por tierra fue luego y para bien cerca. Yo, en cambio, multiplicaba a mi manera la distancia y pensaba que el sitio estaba más lejano. Ya andaba por los ocho años y mis padres resolvieron trasladar por salud la familia al vecino pueblo de San Jacinto. Era viaje casi formal, que me quitó el sueño hasta el día de la partida. Claro que yo había hecho ya el recorrido de la vía, pero iba a hacerla ahora con el propósito de ser habitante de otro pueblo. Me alejaba transitoriamente de "El Matacho", donde estaba firmemente arraigado el hogar, y al regreso, tendría alguna novedad que referir a los amigos. Seguro estoy de haber ido donde los primos y donde Diego, donde Francisco, donde Rafaelito, donde Mimío y donde Alirio para despedirme de ellos formalmente.

Viajar muy lejos en verdad sí lo había hecho. Era ya buen amigo, como a usted cuento, de las nubes, y, además, en las claras, tranquilas y frescas noches de Trujillo mi padre me había enseñado a viajar por las estrellas. Era él, como el viejo tío Juan Pablo Bustillos, muy dado al estudio del firmamento, y tenía buenos atlas y gruesos textos que leía con pasión y con afecto singu-

lares. Cuando los doctores Alfredo Jahn y Santiago Aguerrevere visitaron mi pueblo con la Comisión del Mapa, él iba todas las noches a su tertulia y gozaba la visión del cielo a través del pequeño telescopio que aquéllos llevaban. De noche, mi padre me explicaba las constelaciones y me enseñaba la diferencia entre las estrellas parpadeantes y los dormidos luceros. Aprendí a distinguir muchas constelaciones por su nombre y fácil me era diferenciar a *Casiopea* de las dos *Osas*, y a precisar el rojizo cintilar de *Aldebarán* entre el conjunto del *Toro*. Mi padre sentía placer en preguntarme el nombre de los astros y las variantes de la *Vía Láctea*, delante de las personas mayores. Tal era su gusto y el que en mí había hecho nacer por la indagación del firmamento, que en los exámenes de 1908, últimos que rendí en su presencia, me obsequió la "Astronomía Popular", de Camilo Flammarión, cuyo segundo epígrafe, puesto por el traductor español, lo copié para encabezar el primer artículo periodístico que publiqué en 1911: "El mundo marcha, quien se detenga será aplastado y el mundo continuará marchando". Es de Balmes, filósofo cristiano, que conocía el imperio del progreso.

Vuelvo a la tierra, para tomar en firme el camino de San Jacinto. Diré a usted que si la visión panorámica del Trujillo interior es bastan-

te pobre, en cambio las vegas que bordean el río Castán y los suaves declives del Vichú y de La Caldera, tienen un encanto singular. Así el río se ponga loco de vez en cuando y destruya cercas y sembrados, por lo regular es de escasas y man-sas aguas. Modesto es este río familiar, como lo es la ciudad y lo son sus moradores. Su música es para ser oída de cerca, como la buena música de cámara. Nada de grandes sinfonías, salvo en las desacostumbradas y terribles crecidas. Nada de borbotar airado. Es río agrícola, cuya función fundamental la constituye el riego de las vegas circundantes. (Antes de haber acueducto en la ciudad, fueron también sus pozas manera de balneario de los trujillanos). Cuando se camina hacia San Jacinto, úno lleva la contraria del río, que corre hacia el Norte, en busca del Moco y, primero; del Jiménez, más abajo; para echar sus aguas sobre el Motatán, el río señor de la Provincia. (En 1578, los abuelos que describieron su curso en el informe sobre la ciudad, erraron el rumbo y dijeron que corría al Sur). Antes de llegar a San Jacinto se cruza el Castán, ahora sobre buena puente, en mi tiempo de niño sobre rústicas varas.

San Jacinto fué antiguo pueblo de doctrina de los indios bujaves, que ya por 1633 tenía abiertos libros bautismales. Está fundado en plena

falda de la montaña que se empina para ganar las altas cumbres de Bujay y de La Cristalina. A fines del Siglo XIX se construyeron muy buenas y anchas casas de tejas, donde las familias de Trujillo solían ir a cambiar de temperamento. Originalmente estuvo rodeado de sementeras de trigo y de frutos menores. “Mucho y muy buen trigo, de que se hace el mejor pan que yo he visto en estas Indias”, escribió Fray Pedro Simón en sus *Noticias Historiales*. Cuando yo lo conocí, sus sembradíos estaban destinados a caña de azúcar, café, tabaco y frutos para recado de olla.

Jamás olvidaré la impresión que me causaron los extensos cañamelares florecidos que se abrían a la salida del pueblo, por el camino del Río Arriba. Me pareció que sobre la verde masa de las cañas hubiera descendido un cúmulo de gris neblina, suavemente movida al compás de débil brisa. A la otra banda de las cañas y como incrustadas en la propia falda de los cerros, recuerdo dos modestas casas, que jamás se han desdibujado de mi memoria: la una, en simples palancas, de un dormitorio interior apenas; en el suelo, las desnudas topias donde ardía el crepitante fuego que alimentaba la parva marmita; fuera de la horco- neadura, el gran horno humeante, donde Ña Nicolasita Peña cocía las fragantes acemitas y las sabrosas roscas de su escasa industria. Sola vi-

vía la vieja, porque la muchacha que la acompañaba se había ido para Trujillo a vivir con un policía. No le quedaba por compañía sino el viejo perro *Fierabrás*. Cuando con el hermano, yo salía de camino, dados febrilmente a la aventura de descubrir árboles nuevos o nuevos recodos en el río, nos acercábamos a la pintoresca casa de la viejecita, quien, mientras le comprábamos sendas acemitas de a cobre, nos refería cuentos de brujas y de espantos, que en la noche nos tenían largo rato sin conciliar el sueño. Más vecina del pueblo quedaba la casa de Emiliano el Patón. Era de palmas y bahareque encalado, y toda ella estaba cubierta de un hermoso enredo de parcha granadina, que le daba gratísimo aspecto con sus campánulas violáceas. Para mí fue algo de extraordinario interés descubrir la casa de Emiliano, triste mendigo que arrastraba unos enormes pies, deformados por la elefantiasis arábiga, y a quien, miércoles y sábado, yo veía en Trujillo recogiendo su habitual limosna.

Llegome a ser San Jacinto una revelación de dolor, de misterio y de rústica y saludable simpleza. Cuando de hombre leí pinturas de antiguos cuadros medievales, evoqué el reducido paisaje del modesto y grato burgo trujillano, donde había tropezado con singulares figuras humanas, jamás borradas de mi memoria. Quizá entre

ellas sea principal la de Ño Ricardo Carrillo. Vivía este viejo en el sombrío campanario de la primitiva iglesia del pueblo, cuyas ruinas aún se mantenían al lado de la nueva iglesia de tapias y tejas, comenzada a fines del Siglo XVIII. Fue aquella de techumbre de maporas, cubierta de palmas, y de un solo cañón, y tenía tres altares: el mayor, el del Santísimo y el del santo titular. “En paraje inmediato a esta Iglesia, —escribía el Obispo Martí el año de 1777—, y de muy buenas proporciones, está comenzada una nueva fábrica, la cual al tiempo de la Visita tenía ya hechos todos los Cimientos, y levantadas las Paredes hasta una Vara con bastante fortaleza”. Alguien me llevó hasta el viejo, y ya me quedé por su diario contertulio durante la permanencia en el poblado. Brujo o santo, así apareció ante mi absorta mirada infantil el anciano misterioso, que había hecho de aquellas ruinas su casa y su mundo. Blanca y luenga barba bajábale hasta mitad del pecho y sobre los hombros le caía undosa y nivea cabellera. Su oficio era tejer esteras de plátano y espuestas de bejuco, cuando no pasaba las interminables, por repetidas, cuentas de un gran rosario de madera. Dormía sobre duro jergón, frente a severo Crucifijo, a cuyos pies ardían permanentemente dos candelas. En tosco nicho, al lado del jergón, vigilaba, con sus ojos vacíos, una tétrica calavera.

De vez en cuando el silencio de la torre era quebrantado por el vuelo de pesados murciélagos. A esta distancia de tiempo, yo no puedo reconstruir casi nada del diálogo sostenido de niño con el curioso anciano, menos aún recordar el motivo que lo llevó a buscar refugio digno de un poeta maldito. Como el personaje de Corbière,

El viento de su torre

le hizo olvidar la prisa con que el olvido corre.

Contradictoria emoción de miedo y de curiosidad, como la de Leonardo de Vinci ante la gruta misteriosa, me producía el anciano. Pero su bondad y su hondo sentido religioso, terminaron por dominarme. Recuerdo que le acompañaba a rezar y que en cierta ocasión me dijo: “En las iglesias caídas, a donde ya nadie viene a orar, está Dios entero”.

Distinta de la cariñosa sensación que terminaba por provocar Ño Ricardo, era la que muy cerca incitaba la repugnante visión de un hombre leproso, que más que ser vivo parecía un muerto mal enterrado. Se sobrevivía a sí mismo este infeliz, en abierta casa inconclusa, de techumbre de tejas, sobre recios pilares de madera. Nos estaba prohibido a los muchachos transitar por la calle donde quedaba esta manera de degredo para el solitario, pero la curiosidad, y cierto sentido

de compasión, me llevaban a infringir la orden paterna. De lo sobrado de la casa yo tomaba una ración que compartía con Ño Ricardo y con esta doliente figura de apestado. Claro que nunca me aventuré a dirigirle la palabra. Se me decía que el aliento del leproso era como miasma que cargaba la infección. (Hasta los doctores creían entonces en miasmas). Me limitaba, pues, a poner el mendrugo sobre el cimientito que separaba, en lugar de paredes, la casa de la calle, ya que el lugar tenía más aspecto de jaula para guardar un animal raro, que de habitáculo de un ser humano. "Dios se lo pague", murmuraba el enfermo y yo apretaba el paso para no fijar mucho la vista en su leonino rostro.

San Jacinto era, como usted ve, un pequeño y lindo pueblo, enterrado en la fresca quietud de la montaña, donde pululaban curiosos tipos humanos, la mayoría de ellos ataviados del repugnante bocio, hoy, con la higiene de las aguas, totalmente desaparecido. Con los de San Jacinto y de Trujillo, podría hacerse una extraña galería de personajes para una *corte de milagros*. Algo curioso en el área de la patología social y del tema pictórico. Una procesión de personajes encabezada por Mano Merejo, Villarreal, Juan Chimbangle, Jipijipi, Ramón el Poncho, Lucía Inquieta, La Tonta Espiritu, Manuel el Muerto,

Cojelacalle, La Tuchica, La Siete Frentes, La Tres Plátanos, Rafaela Sáez, Manofey, Juanota, La Lagartija y Bojote de Ceniza, sería para dar trabajo a los Marañoses.

De San Jacinto no quiero dejar en el olvido la memoria misteriosa de Ño Juan Suárez, adusto encargado de la pequeña hacienda de un pariente nuestro. El viejo era tal vez misántropo y para evitar la frecuencia de las visitas, que solían regresar bien provistas de los dorados mangos y de las almibaradas naranjas, había cebado una enorme tragavenados, que, junto con un perro bravo, eran sus únicos acompañantes. A la vera de la hacienda de Ño Juan se pasaba con el temor de tropezar con la famosa serpiente o de que saliese a perseguir al transeúnte el robusto can. En la calle misma, el viejo ponía en polvorosa a los muchachos, pues se decía que en los bolsillos del liquiliqui siempre llevaba una o dos serpientes.

A la entrada del pueblo y en la estrecha vega del camino de Borón, quedaban los tupidos y espejeantes tabacales, de azulosas flores, que eran cultivados, los primeros, por don Pedro Mancera; los segundos, por don Acisclo Briceño. En aquel tiempo en San Jacinto se torcían aromosos puros y se engargolaba cigarrillo de muy buena calidad. Algún aprecio se haría en Caracas del tabaco de Trujillo, pues era regalo que se enviaba a los ca-

raqueños una caja de nuestros buenos cigarros. En grandes frascos de vidrio y en cajetillas hechas con papel florete, se expendían al menudeo o por cantidades fijas, los cigarrillos sanjacinteros, con notorio perjuicio de los "Fama de Cuba", que se llevaban de la capital. Nunca más he vuelto a ser un tipo de cigarrillo llamado "Niño envuelto" que se fabricaba en San Jacinto. Era un cigarrillo corriente que se envolvía en hoja de tabaco.

San Jacinto, para el muchacho de Trujillo, era el puente entre el campo y la ciudad. La Plazuela, en el camino opuesto, era el puente entre el pueblo monótono y la agitación que se abría camino en pos del ferrocarril y de la vela lacustre. Mientras en este último burgo se veía el movimiento de las recuas que llevaban a Motatán, con destino a Maracaibo y Europa, el café de Trujillo y de Boconó, y que traían los fardos de telas, los huacales de loza y las cajas de vinos y enlatados, en San Jacinto se percibía el silencio de la paz agrícola. Allí confluían la vida fresca y sencilla que buscaba expresión ciudadana y la vida, acuciada de urgencias, que solicitaba hundirse, como las propias raíces de los árboles, en la tierra nutricia. La cultura se tornaba fecundamente vegetal al ponerse en contacto con el aire de la montaña y con la palabra tosca y asombrada

del hombre de la selva. Así como camino de La Plazuela se abre el ala de la paganía que, con Mercurio, busca las novedades del progreso y de la alegría, Trujillo extiende el ala de la piedad y del recogimiento hacia el pueblo que mejor lo enlaza con los perdurables signos de la naturaleza. También en aquellos buenos tiempos de mi infancia, era el pueblo preferido para “correr” los Santos. Debe existir costumbre semejante en otros pueblos de Venezuela. En Trujillo consistía en salirse de la ciudad en los días de San Juan, de San Pedro y de Santa Rosa. San Jacinto era el lugar preferido para esta clase de “huídas”, en que las familias se juntaban para ganar el campo y alegrar el tiempo entre canciones y danzas, después de un suculento almuerzo rústico, rociado de “amorcito” y de “sangría”. El primero, mistela a base de esencia de rosas; la otra, vino tinto, con azúcar, limón y agua.

He dicho a usted cosas amables e intrascendentes de San Jacinto. Le diré ahora algo muy serio. Allí me tropecé de quien a quien con la injusticia. Y va también de cuento: Al llegar un lunes a la escuelita donde seguía el aprendizaje de las primeras letras, el maestro, iracundo, me apostrofó y me injurió, haciéndome responsable de un feo irrespeto, del cual no tenía la menor noticia de que hubiera sido cometido. Se

me condenó, sin oírseme, a estar una hora de rodillas a la puerta de la escuela, con una piedra en cada mano. Confuso obedecí, pero luego mi temperamento reaccionó violentamente y arrojando sobre el maestro ambas piedras, corrí a mi casa, que quedaba al lado de la escuela. Referí a mi madre lo sucedido y ella, iluminada de ese claro sentido adivinatorio que caracteriza a las madres, comprendió mi inocencia y midió la injusticia del caso, y cuando el maestro vino a reclamar por mi conducta, ella le respondió severa: "El niño no volverá a la escuela. Usted, en lugar de educarlo, le perjudica sus sentimientos". Para que yo no perdiera el tiempo de estudio, esa misma noche resolvieron mis padres el regreso a Trujillo.

Con el de San Jacinto se junta en mi memoria el luminoso y amable recuerdo de "La Edad de Oro", de Martí, llegada entonces a mis manos de niño en la reedición italiana de Gonzalo de Quesada. Si tenía vocación para soñar, en las páginas amorosas del poeta-libertador mis sueños lograron empinadas escaleras para subirse a las nubes de la fantasía y anchas puertas para entrar en contacto con los grandes valores de la cultura. Homero y Beethoven aparecieron ante mis ojos como nuevos dioses. Llegado a la madurez, he leído y releído aquellas páginas admirables y he venido a la conclusión de que Martí me hizo mu-

cho mal con su desparramada bondad. Me empujó a esperar “una vida de mucha dicha y claridad, donde no haya odio ni ruido, ni noche ni día, sino un gusto de vivir, queriéndose todos como hermanos”. Si en mis manos hubiera caído entonces una glosa de Hobbes, que me interpretase a tiempo la simbólica presencia de los perros feroces de la autoridad, frente a la puerta modesta de mi escuela, habría sufrido menos en mi comercio con el prójimo.

De regreso a la capital, nos detuvimos, como deber de familia, en la quinta “El Molino”, de que era propietario mi noble y generoso tío Juan José Márquez, cuya memoria aún se celebra como la de uno de los hombres de mayor caridad que hayan favorecido a la comunidad trujillana.

Para moler el trigo que se cultivaba en cercanías de la ciudad, don Luis Parilli, industrial y progresista hijo de Italia, que dejó prestigiosa descendencia en la ciudad, trajo de Europa el primer tren mecánico de beneficiar harina que hubo en Trujillo, por si no en toda la Cordillera. Don Luis, en éste y otros audaces negocios, tuvo gruesas pérdidas, y molino y finca dieron con nuevo dueño. Junto con la molienda harinera, funcionaban ahora un gran tren de destilación de caña, un horno de panadería y un ordeño de leche. Los paños de tierra que circundaban la

casa de habitación, fueron sembrados de variada suerte de flores y hortaliza, a punto de que la finca se hizo digna del nombre de "Miraflores", con que la rebautizaron los nuevos propietarios. Hoy, de todo aquello no queda ni el recuerdo de la acequia que surtía el agua para mover la turbina del molino. Rodrigo Caro tendría, en cambio, largo tema para tristes cantos. Pero si en aquellos lejanos tiempos don Adolfo Ernst hubiera visitado a Trujillo, habría hallado material para rato en la visita de los jardines, donde mil variadas rosas, crisantemos, dalias, fucsias, geranios, nardos y jazmines mantenían el aire lleno de aromas más deliciosas que las gustadas por Salomón en el jardín cerrado de la Sulamita.

Y si ¿a dónde voy con mi historia? me pregunto yo mismo, ¿qué no se preguntará usted, mi noble amiga? Pero mi historia no es historia ni siquiera tentación de crónica. Apenas estoy repasando recuerdos sin orden ni importancia, que hoy han saltado a la pluma hasta embadurnar el papel, y con cuya evocación frecuente pongo luces de mañana en las sombras de mi vida. A otra persona que no fuera usted, tal vez no escribiría estas cosas, para las cuales, sin embargo, hallo disculpa en que no son de tanta intimidad ni tan personales como las querellas de que los poetas enamorados nos hacen partícipes en sus

madrigales y baladas. Ciertamente, por otra parte estoy, de que algún romántico trujillano habrá de agradecerme estos recuerdos y también el que lo prefiera en la exaltación de preteridos valores de la tierra, que interesan a él tanto como a mí.

Comencé por justificar la frase con que quise expresar el profundo afecto que me anima hacia mi región nativa, y tiéneme usted en el relato de pequeñeces de mi infancia y en la evocación de viejos hechos ocurridos en Trujillo. Lo autobiográfico se me ha unido a lo narrativo del pueblo, sin que aparezca de mi parte heroicidad alguna, fuera de haber devuelto al maestro de San Jacinto las piedras con que quiso humillarme. Este hecho me comprometía a otros actos de resistencia, que lamentablemente no he llevado a cabo. La vida me puso en el mismo plano de conformidad y de resignación cívica que ha borrado un poco la imagen al "bravo pueblo" venezolano.

Y como quiero dejar estas notas en las lindes de la infancia, déjeme decir a usted cuándo tuvo ésta término en mi espíritu.

Iba ya para los nueve años y al salir una mañana con mi padre al portón de nuestra casa de "El Matacho", se acercó un vecino para comunicar que alguna desgracia estaba ocurriendo en la casa de uno de los tíos. Mi padre tomó el sombrero y caminó a informarse. Yo fui tras

de él. La casa estaba llena de gente extraña y desde fuera se oían gritos y lamentos. Yo penetré asustado y confuso. En una cama, colocada al entrar del primer aposento, estaba muerto el tío. Un síncope cardíaco lo acabó en segundos. Yo sabía que la gente se moría y había llorado cuando ví pasar, precedidos por la banda que tocaba música fúnebre, los féretros del Padre Altuve y de don Máximo Briceño. Pero ahora estaba frente al cadáver de una persona que yo quería y con quien había hablado la noche anterior. Estaba, pues, frente a la desnuda realidad de la muerte. Si hubiera tenido menos pavor, yo habría podido ese día tocar con mis manos el cuerpo de un difunto. Antes de que corriese un año de este suceso, estuve al lado del cadáver sangrante del primo, asesinado precisamente a ojos de la madre, de quien era el único sostén. No sé si me espantaron más la sangre derramada o los lastimeros acentos de la tía. Pasados pocos meses, un domingo de diciembre, en plena alegría navideña, ví muerto al otro tío. Aquello me hacía comprender que la muerte se viene sola, sin que se la llame ni se la esté esperando. Ya había, pues, en la familia dos casas tristes, donde dos viudas lloraban y rezaban sin cesar, y otra más, donde una madre herida rumiaba en absoluta soledad, junto con el dolor por la pérdida

del hijo, el odio sin merma contra el inhumano matador. Pasó otro año, llegaron nuevamente los alegres días pascuales, y en la mañana de Navidad la madre nos puso a los niños corbatas negras para esperar al padre, que regresaba de Valera, donde había ocurrido la muerte del abuelo. Pero con la muerte del recio y bondadoso viejo, coincidió un cambio de vida, y mi padre pudo ver cumplidos sus deseos de radicarse en ciudad donde hubiera mayores facilidades para la educación de los niños. Pronto estuvimos instalados en Maracaibo. No había llegado aún a los doce años y una tarde espantosa, mientras estaba arrodillado a la cabecera de su lecho de enfermo, yo ví morir a mi padre. Lo ví muerto, y sentí que algo más se me había muerto con él. De esa hora en adelante fuí un niño triste, a quien faltaba el sabio guía que me enseñó a viajar por el mundo lejano de las estrellas. También éstas se me habían apagado, junto con la fe y con la alegría. Meses después regresaba a mi tierra nativa. Iba vestido de negro y vivía en un hogar donde, lejos de escucharse la risa, tenían cabal retablo todos los duelos.

Con acabarse mi infancia, acabaré para usted el pesado recuento de mis impresiones de niño. Además, no podría continuar la escritura, porque estoy llorando.

CARTA TERCERA

Mi noble y generosa amiga:

No imagina cómo estoy de reconocido con usted por sus gratas letras. Ellas han venido a descargarme de un escrúpulo que mantenía en relación con el contenido de mis cartas anteriores. Su respuesta casi me anima para proseguir ampliamente la evocación del pasado trujillano, pero esto lo reservaré para una obra seria en que pueda realizar la sugestión de Julio Sardi y exponer a la vez, con profundidad y espacio, la aportación de Trujillo a la obra formativa de la república. Porque, como apunté en mi carta anterior, el trujillano está caracterizado por una manera de extroversión telúrica. Mire nuestra historia y vea cómo los hombres de Trujillo han estado a todo momento en "otra parte", al servicio de los intereses de la comunidad nacional.

No ha sido el trujillano hombre recoleto, pegado con ombligo de bejuco a la montaña nutricia. Cuando sale de sus lindes nativas, bien enterrado lo deja, como signo de religiosa unión con

la tierra natal, para darse a la vida nacional, sin otro afán que los intereses indiferenciables de la Patria. ¡Líbrenos el Señor Todopoderoso de la tragedia que significa aposentarse en la capital con estos primitivos bejucos! Vea usted, mi noble amiga, la intrincada selva en que se convierten, cuando prosiguen creciendo bajo el sol meridiano de la capitalidad. Y no cierre los ojos, porque haría el caso infantil de los avestruces.

Proverbial, en cambio, es la frase atribuída al doctor José Gregorio Hernández, cuando alguien le dió excusas por haber en su presencia hablado mal de los andinos. “Pierda cuidado, que yo me dejé de eso”, fué la respuesta del sabio. Pero lo que él había dejado era la arisca susceptibilidad ante la crítica que se hacía a una política para la cual se buscaban interesadamente, por uno y otro bando, tintes exclusivistas. El sabía que la llamada política andina, en lo que tuviera de disvalioso o de positivo, era política venezolana, en la cual debían figurar como responsables tanto los andinos nacidos en la Cordillera, como los “andinos” nacidos en Santa María de Ipire o en el golfo de Cariaco. Y en lo que dijera a grupos con pretensiones a una hegemonía anti-nacional, él se sabía venezolano en la amplitud conjugante del vocablo.

Sin quererlo, ha venido a los gavilanes de la

pluma el grato nombre del sabio filántropo que parece caminar a la dignidad de los altares cristianos. Para colorear el cuadro de la Patria, mi pueblo ha contribuido en forma singular. Se necesitó atizar el odio de la guerra, a fin de ganar la independencia, y Antonio Nicolás Briceño, haciendo honor al remoquete de "Diablo", derivado de una farsa del Seminario, se armó de tea incendiaria e iluminó con fulgores dantescos el cuadro de la guerra a muerte. Y para hacer honor a la contradicción que da a Trujillo tanto el privilegio trágico de ser solar declarativo de la guerra a muerte, como el de que en sus aleros hubiese anidado la paloma de la paz, también en sus términos nació el hombre blanco y generoso, a quien Caracas lloró por padre y a quien la fe exalta hoy a los honores del santuario. Hernández es quizá el más grande de los trujillanos que han abandonado el Estado para darse al servicio de la cultura en otras regiones de la república. No entraré a enumerar otros que están vivos en el recuerdo de las ciudades y regiones que recibieron el beneficio de su esfuerzo, como Caracciolo Parra, José Domingo Hernández Bello y Antonio Justo Silva, en Mérida; Monseñor Jáuregui Moreno, el Padre Justo Pastor Arias, Francisco Baptista y el doctor Abel Montilla, en Táchira; Gabriel Matheus, en Maturín; Félix R. Páez y

Jesús Mendoza Briceño, en Ciudad Bolívar. Prolijo sería enlistar a los trujillanos que han contribuido al progreso moral de la gran patria venezolana, prolijo e inútil, por cuanto su obra está ya sobrado reconocida y exaltada. Se diría, en cambio, contra mi mismo propósito, que con ello me pongo al servicio de un chovinismo anti-nacional, y que recabo para Trujillo valores ya refundidos y vaciados en el troquel uniforme de la venezolanidad integral. ¡Acórrame el Señor de caer en este paso lamentable! Esos ilustres trujillanos que he mentado son tanto más altos cuanto menos resalta en ellos, con tintes divisionistas, el gentilicio regional. Venezolanos son en el mérito de su obra, porque al servir a las varias regiones donde les cupo desarrollar el bien y la cultura, servían la gran Patria que absuelve el particularismo que pueda alzarse entre las lindes provinciales.

Lo que sí tiene intención saludable es evocarlos con orgullo, para que sus nombres sirvan de timbre al solar donde comenzaron sus vidas fecundas, y para que sean, a la vez, como benéfico estímulo que promueva la imitación entre quienes se sientan más obligados por la gracia del inmediato paisanaje.

Si en verdad pudo escribirse, como escribió Inocente Quevedo, ilustre varón de nuestras

letras trujillanas, que al golpear con el pomo de su espada victoriosa las puertas de bronce del Capitolio Nacional, Cipriano Castro hacía sentir que Caracas no era Venezuela, ello no debe tomarse como compromiso con un cerril regionalismo. Cuando Quevedo escribía en Trujillo aquella frase, vaticinadora del triunfo del "Cabito", lo hizo por saberse hijo de un pueblo de Venezuela y no por su oriundez cordillerana. Hubo, además, hasta el 99, y nadie lo niega, una prepotencia de la capital con visible perjuicio para las provincias. Y el antiguo Estado Los Andes, como otros Estados de la Unión, fué oprimido y explotado por hombres del Centro, que se trajeron de allá hasta nuestra humífera tierra, para abono de los jardines de sus casas caraqueñas. Pero bajada aquella prepotencia y nivelados los sistemas de gobierno, debemos hoy buscar solamente la exaltación conjugante de lo nacional. Justamente el valor perdurable de la revolución del 99 fué haber abierto el nuevo ardoroso crisol donde se refundieron, para la unidad, los ariscos valores de la Patria. Hoy las provincias nada tienen que reclamar por sí solas. Yo no creo que la amplitud del destino de Venezuela pueda medirse con la vara de las regiones o con el almud del pulpero de aldea. Aldea y provincia son ape-

nas valores sillares sobre los cuales se levanta el gran edificio de la patria venezolana.

En pago de su bondad para librarme de escrúpulos, yo pondré fin a estas cartas dedicadas a evocar la vida de mi pueblo. Nadie creerá que estoy haciendo un tratado de historia de Trujillo. Si he puesto algo de su vida y si he pintado algunos recuerdos de mi infancia, todo falta en ellas por escribirse. De mí mismo, si tuviese afa-nes autobiográficos, ni siquiera le he dicho dónde nací, aunque con recordar el sitio hubiera tenido oportunidad de volver sobre la historia de las Re-ginas y de hablarle de los méritos del Alférez Feliciano Cegarra de Guzmán, cuyas armas, labradas en piedra, lucen frente a la casita humilde donde abrí los ojos a la vida. Nada de eso hace falta en un recuento de cosas y valores de Tru-jillo; en cambio, quedaría trunca la evocación de la ciudad, si no apareciese la imagen magra y falleciente del nonagenario Monseñor Estanislao Carrillo, cura de Trujillo por más de sesenta años. El bendijo ayer las bodas de nuestros padres, derramó el agua lustral sobre nuestras cabezas in-fantiles, nos dió por vez primera el pan eucarís-tico, amortajó a nuestros abuelos y ha bautizado a nuestros hijos y nietos. Cinco generaciones de gente trujillana han tenido a su lado, en vida y muerte, la figura dulce y bondadosa de quien su-

bió hasta ser la mejor expresión del alma tradicional de Trujillo. Testimonio austero de caridad, ha llegado a la pobreza del justo, después de haber distribuído entre los menesterosos los bienes heredados de sus mayores. A todos ha pedido, no para la pompa vana y transitoria del templo, sino para acudir miserias que conoce él solo. Cuando yo era niño, lo veía salir el Sábado de Gloria, de sobrepelliz y estola blanca, seguido de un monaguillo, con acetre e hisopo. Entraba en todas las casas. Las bendecía y dejaba palabras de cariño para los grandes y para los pequeños. Y de ellas se llevaba, en una gran cesta que portaba un fámulo, el obsequio de pan para sus enfermos del Hospital de la Chiquinquirá y para las familias cuyas necesidades él se tenía bien calladas.

Al terminar, debo dejar una vez más testimonio de mi alabanza para la equívoca sonrisa de sus labios que me impulsó a dejar correr hasta la pluma el grato recuerdo de mi pueblo.

CARTA FINAL

Mi querido Manuel Briceño Ravello:

Difícil pintar la holgura espiritual con que regresé a casa, después de haber hablado contigo acerca de mi propósito de consagrar a nuestro Trujillo un emocionado y filial recuerdo. Cuando tú me hablaste de que en las húmedas piedras de la Quebrada de los Cedros se arraigan tus mejores recuerdos trujillanos, pensé de inmediato en el grupo bogotano de poetas "piedracelistas", de que fué guía y maestro mi grande amigo Eduardo Carranza. En Santa Fe, piedra y cielo; en tu recuerdo, agua y piedra. El agua que varía en cada momento de su vertiginosa diuturnidad; la piedra que permanece úna, así la arrastren las aguas atrevidas.

Ningunos símbolos mejores que el del agua y el de la piedra para expresar la constancia de nuestro afecto al lar nativo. Ni mudamos, como no mudan las piedras; ni nos negamos a sumar la modestia de nuestros valores morales a la co-

rriente crecedera del progreso de la patria venezolana.

Luis Valera Hurtado te gana en el procerato de los trujillanos caraqueños. En cambio, yo veo en tí el vínculo que me une de mejor manera, en el comercio de la amistad, con nuestro viejo Trujillo. Cuando vine, ya espigado, a Caracas, me dí a buscar a Valera Hurtado como al representante en la capital de las letras vernáculas; a tí, que aún seguías la Facultad de Leyes, te busqué como al estudiante mayor, que me había obsequiado, cuando yo andaba aún por el alfabeto, un método de Bournuf para el aprendizaje de lengua inglesa.

En mi memoria tenía grabado tu recuerdo de hombre ya hecho y derecho, cuando yo aún era niño a quien mi primo, el pundonoroso y noble militar retirado, Coronel José María Márquez Iragorry, llevaba de la mano a la escuela de primeras letras. Tú reías entonces de mi sombrero de velludo rojo, que antes de ser mío había cubierto, en alarde de partidatismo, la cabeza altiva e insustituída, para desgracia del Estado, del Doctor Leopoldo Baptista. (Tampoco ha sido reemplazada la egregia figura de Rafael González Pacheco). En cambio, yo correspondía a la burla que tú hacías de mi sombrero, con el ansia de

poseer el librito amarillo en que estudiabas extrañas lenguas.

Han pasado los años y hoy luzco canas que huyen tu vigorosa e indomable cabeza. Pero si ambos concurriésemos a dar examen de lengua inglesa, no seríamos agraciados con premios. A esta altura de tiempo, seguimos siendo "físicos" venezolanos, (como se dice en Trujillo), que damos buen precio de afección a los resabios cantonales, donde halla sillería el edificio de la Patria.

La deficiencia en inglés la suplimos con el cálido afecto que nos pone a vibrar ante los valores permanentes de la venezolanidad. Bien sabemos que entonces Bolívar tendrá pedestal de conciencias leales a sus propósitos y no estatuas que lo rigidicen para la función de libertar y defender la Patria, cuando los hombres prefieran la sencillez criolla, al sucio alarde de riqueza lograda con la claudicación de lo nacional y con la hipoteca de la libertad.

Y si te hago con esta explicación cómplice en parte de mi romántico trujillanismo, es para que, sintiéndote solidario de esta evocación cordial, me defiendas de quienes puedan seguir motejándome de ilusivo idealismo y de sinceridad imprudente.

¡Tan flacas están las saludes que defender los valores permanentes de la venezolanidad ha

llegado a constituir peligro y demérito! Y abundan casos en que para gozar privilegios, se sustituya la genuina y prestigiosa fe de bautismo venezolana, por compromisos suscritos en el Rockefeller Center o en cualquier banco de Wall Street. Pareciera que en lugar de haber crecido en nuestra historia la estirpe que arranca de Alonso Andrea de Ledesma, se hubieran multiplicado y hubieran subido a los altos comandos, los descendientes de aquellos criollos traidores, que se apresaron a avituallar de cazabe y buena cecina las naves corsarias de Amias Preston. Por eso Ledesma es mero símbolo para conversar los ilusos. El prestonismo es, en cambio, robusto sistema que da buenos réditos. Siempre el pirata pagó bien a quienes le abrieron las puertas de las ciudades. El "enemigo" fué mejor cliente para el comercio clandestino. Hoy sucede que la clandestinidad se hace a la luz del día y con aprobación de los llamados mejores representantes del orden social.

Guárdete el Señor para honra de la tierra y para buen ejemplo de venezolanos.

Tuyo amigo,

M. B. - I.

LOCALISMOS

Agua piche — Agua semi-fermentada en que se conserva el maíz pelado para la preparación de la arepa.

Andá — Interjección de conformidad o de asombro.

Cangreja (dar la) — En el juego de billar, perder un tanto el jugador diestro por cada uno que gane el bisoño.

Chochos — Baile rural con que se festeja a San Benito.

Físico — Genuino, legítimo.

Lagartijo — Liberal.

Liencillo — Lienzo burdo de algodón.

Maromas — Conjunto y suerte de volatineros.

Poncho — Conservador, godo.

Se terminó la impresión de
este libro en los talleres de
la Editorial Avila Gráfica,
S A, en Caracas-Venezuela
el día 8 de abril de 1951.

